

Janet  
e Isaac **Asimov**

# NORBY

**EL ROBOT EXTRAVAGANTE**



Lectulandia

Norby no es un robot aerodinámico, sino que se parece a un barril, es una parodia de una parodia; pero está dotado de una iniciativa y de una imaginación que roza la anarquía cuando se trata de actuar. Y yo diría que no sólo la roza. La practica con argucia y arrogancia, inspiración y doctrina, gravedad y candidez.

Norby es, a su manera, el autorretrato más logrado entre los infinitos que hasta ahora nos ha propuesto Isaac Asimov.

Evidentemente, las «Tres leyes de la robótica» caen ante el ataque despiadado de los seguidores de Ing contra Manhattan, contra Nueva York y, por fin, contra el mundo. Sólo este secundamano sabe cómo mover las piezas y las mueve.

**Lectulandia**

Isaac Asimov & Janet Asimov

# **Norby, el robot extravagante**

**Las crónicas de Norby - 1**

ePub r1.0

FLeCos 21.08.2015

Título original: *Norby the mixed-up robot*  
Isaac Asimov & Janet Asimov, 1983  
Traducción: Liliana Piastra Foschini  
Retoque de cubierta: FLeCos

Editor digital: FLeCos  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Introducción

*Es probable que, de vez en cuando, oigáis decir que Isaac Asimov es el padre del robot en la literatura, pero no es verdad. En la literatura se empezó pronto a hablar de seres humanos artificiales, de autómatas, de criaturas como Frankenstein, etc.; sin embargo, el primero que hablo de robots fue, sin duda alguna, el escritor checoslovaco Karel Capek: en 1920 publico un drama titulado «RUR», se represento en checo, por primera vez en 1921 y se tradujo al ingles en 1923. Estas iniciales quieren decir Rossum's Universal Robots, «los robots universales de Rossum». Rossum es —en el drama de Karel Capek— el nombre del personaje ingles que empieza a producir en masa seres humanos artificiales para que realicen el trabajo de la humanidad.*

Isaac Asimov nació en 1920 en la ciudad de Petrovich (con acento, según el, en la segunda silaba, pero no esta completamente seguro) en la URSS, que desde hacia tan solo dos años se llamaba así y no Rusia, ya que la revolución bolchevique había tenido lugar dos años antes. En 1923, se traslado a los Estados Unidos con toda la familia: su padre, Judá, su madre, Ana, y su hermana, Marcia. Pero no es mi intención contaros desde el principio la vida de Isaac Asimov. Solo quería que conocieseis la fecha de su nacimiento, que refuta la idea de que él sea el padre de los robots. Nunca se ha dado el caso de que alguien sea padre de otro de su misma edad. Como mucho, Isaac Asimov y la palabra robot son hermanastros, solo eso.

*La palabra robot deriva del termino checo robota, que significa trabajo servil; además, rob, en el eslavo antiguo, significa esclavo. Por lo tanto, prácticamente, el robot es un esclavo, y cuando tradujeron al inglés el drama de Karel Capek, podían haber traducido la palabra robots por esclavos. Pero esta vez, la lengua inglesa, que habitualmente invade las demás lenguas con sus vocablos, respeto y acogió un término extranjero. Como esclavo es una palabra que se aplica comúnmente a los seres humanos, no habría reflejado la diferencia que existe entre las cualidades artificiales de los robots universales de Rossum y las cualidades naturales de los seres humanos obligados al trabajo servil.*

*Al no ser la palabra robot una palabra inglesa, la podían dejar en la traducción igual que en el original y designar a los esclavos artificiales con un nombre que no los confundiera con los esclavos naturales. Esto sucedió exactamente el mismo año en que Isaac y su familia llegaban a un país de lengua inglesa.*

*Isaac Asimov opina que el drama de Karel Capek es horrible (y creo que tiene razón); pero ha conquistado la inmortalidad gracias a esa única palabra, que ha sido adoptada por cuantos escriben sobre ciencia-ficción (y una vez mas, creo que tiene razón). Desde 1926 en adelante, es decir, desde que en Estados Unidos empezaron a aparecer revistas de ciencia-ficción, los robots que en ellas se describen*

son casi siempre de metal. Por consiguiente, la palabra robot se refiere específicamente a un ser humano artificial construido casi por completo, o por completo, de metal. Es gracioso, pero Karel Capek en «**RUR**» había inventado esa palabra para definir a seres humanos artificiales que no eran robots, según la acepción moderna del término, sino más bien androides. Androide, de hecho, es cualquier ser humano artificial construido con sustancias parecidas a los tejidos humanos. El término griego andros, genitivo de aner, no indica al hombre en sentido genérico, sino al ser humano de sexo masculino. Por lo tanto, androide significa semejante al macho. Si nos refiriéramos a la mujer, por similitud, tendríamos que decir ginoide, del término griego gine, que indica al ser humano de sexo femenino. Para ya sabéis como son los hombres. Prepotentes. Dicen hombre y piensan que mujer esta incluido.

Isaac Asimov codificó en los años cuarenta las «Tres leyes de la robótica», que rigen en la ciencia-ficción:

1) Un robot no puede causar daño a ningún ser humano, ni puede permitir que, por no haber intervenido, lo reciba.

2) un robot debe cumplir las ordenes de los seres humanos siempre que no transgredan la primera ley.

3) un robot debe proteger su propia existencia con tal de que esta autodefensa no contravenga a la primera o a la segunda ley.

Los robots crecían y se multiplicaban desordenadamente en las historias que se publicaban en las revistas populares. Isaac Asimov había leído tantas en los años treinta que se había cansado. A fuerza de desordenes, los robots creados por el hombre terminaban, antes o después, por rebelarse contra su creador. A Isaac Asimov no le parecía justo ni higiénico. Y después de todo, él, además de su pasión por la ciencia-ficción, alimentaba su pasión por la ciencia como estudioso de bioquímica. Declararse vencido antes de haber luchado, no le agradaba y, como lector, deseaba historias más ordenadas, que quizá llevaran a conclusiones distintas. Conclusiones un poco más optimistas. ¿Por qué, si el hombre creaba los robots, estos tenían por fuerza que rebelarse contra él? ¿No se podía encontrar el modo de prevenir la rebelión, de prohibirla por ley? ¿Por qué no había leyes para los robots de la misma manera que las hay para los hombres? Puesto que era el hombre quien creaba a los robots, ¿no podría introducir en su criatura una ley oportuna? Tras la codificación, las «Tres leyes de la robótica» fueron adoptadas por muchos autores, además de Isaac Asimov: logro restablecer el orden en estas clases indisciplinadas entre los tumultuosos escolares de la ciencia-ficción. Ha llegado a ser, si no el padre, el patrón de los robots en la literatura.

En octubre de 1938, Isaac Asimov empezó a vender historias de ciencia-ficción a las revistas, y desde entonces no ha cesado: lo menos que se puede decir de él es que es prolífico; se han publicado dos recopilaciones suyas muy interesantes: «**Yo robot**», en 1950 y «**El segundo libro de los Robots**», en 1964. Pero, poco a poco,

Isaac Asimov ha debido sentir el gusanillo de la intolerancia por el regalo de las «Tres leyes de la robótica», hasta tal punto que, a pesar de su proverbial falta de modestia, se vio obligado a confesar que le fueron inspiradas por el celebre promotor y director de revistas de ciencia-ficción John Wood Campbell Jr., en 1940, durante un encuentro de redacción a finales de 1940. El relato que le proponía Isaac Asimov se titulaba «Mentiroso»; él le iba ilustrando la trama, ensalzando los méritos e intentando explicar a John Wood Campbell Jr. porqué los robots debían comportarse de una manera determinada respecto al hombre. Pero este le interrumpió y le enuncio las «Tres leyes de la robótica» que mas tarde, probablemente con mayor rigor, codifico Asimov. Quizá por ello, las «Tres leyes de la robótica» empezaron a aburrir a su codificador. Esta puede ser la razón fundamental de que sea diferente Norby, el robot de segunda mano que elige unirse a Jeff Wells, el cadete del espacio caído en desgracia, en esta primera, divertida, apasionante e intrigante aventura que leeréis en las próximas paginas.

Otra razón fundamental me la sugiere la fecha reciente de la publicación del original de esta novela. En «La Guerra de las Galaxias», de 1977, el director y productor cinematográfico, que tantos éxitos ha cosechado, George Lucas, ha llevado desde la pantalla a la imaginación colectiva a una pareja de robots que parecen una parodia sacada directamente de las dos recopilaciones de relatos robóticos de Isaac Asimov; este, aun reconociendo el merito de «La Guerra de las Galaxias», ha debido querer tomarse la revancha y ha recurrido a la ayuda de Janet Asimov. Norby no es un robot aerodinámico, sino que se parece a un barril, es una parodia de una parodia; pero esta dotado de una iniciativa y de una imaginación que roza la anarquía cuando se trata de actuar. Y yo diría que no solo la roza. La practica con argucia y arrogancia, inspiración y doctrina, gravedad y candidez. Norby es, a su manera, el autorretrato mas logrado entre los infinitos que hasta ahora nos ha propuesto Isaac Asimov. Evidentemente, las «Tres leyes de la robótica» caen ante el ataque despiadado de los seguidores de Ing contra Manhattan, contra Nueva York y, por fin, contra el mundo. Solo este Segundamano sabe como mover las piezas y las mueve. El resto lo veremos en el próximo libro, porque, para suerte, «**Norby, el robot extravagante**» es el principio de un ciclo, el resto llegara pronto, tanto para vuestra diversión como para la mía, para la nuestra.

Oreste del Buono

# 1. Con problemas y sin colegio

¿Problemas? —se pregunto Jeff algo inquieto—. ¿Por qué tengo problemas?

Solo tenía catorce años, a pesar de su estatura, y le parecía que llevaba por lo menos doce de esos años haciéndose la misma pregunta.

Al principio había tenido que preguntárselo a sus padres, luego a su hermano mayor, a su profesor y a su control de ordenador. Entonces no le había ido del todo mal, pero tener que preguntárselo ahora al Jefe del Mando del Espacio era ya toda una hazaña, y no le hacia mucha gracia que digamos.

De pie, junto a Jeff, estaba el agente segundo Gidlow, que no le era de ninguna ayuda. Gidlow iba vestido todo de gris, y miraba despectivamente a Jeff con los ojos rojos y coléricos. Incluso parecía tener la piel pálida, mortecina.

—No solo tienes problemas —le espeto Gidlow a Jeff—. Tu eres un problema.

Se giro hacia el Almirante Yobo y corto el aire con un movimiento horizontal de la mano, como si lo que en verdad estuviera cortando fuera el cuello de Jeff:

—Almirante, cuando un perturbador confunde a los ordenadores...

El Almirante permaneció tranquilo. La Academia Espacial, que dependía del Mando del Espacio, tenía que hacer frente a graves problemas y él estaba siempre en el meollo de todos ellos. Un cadete indisciplinado no era algo que tuviera que sacarle de sus casillas.

Además, Jeff, el mismo tipo de adolescente alto y desgarbado que había sido el unos años atrás, le agradaba (aunque esto no viniera a cuento) y estaba ya harto de ese sentido estricto de la disciplina que tenía Gidlow (aunque esto tampoco viniera a cuento).

—Vamos a ver, Gidlow —dijo el Almirante Yobo, frunciendo un poco su amplia y morena frente—, ¿a que viene tanto jaleo? Recuerde que usted no forma parte de la Academia y que no tiene autoridad aquí. Si va a perseguir todas las travesuras trayendo al cadete de que se trate a mi oficina para que el Control de Seguridad de la Federación lo encierre, no me quedara tiempo para nada mas. Que yo sepa, solo estaba intentando aprender mientras dormía y las normas no dicen nada en contra.

—Si se hace bien, no —dijo Gidlow—, si se hace mal, ya es otra cosa. Se metió en la red del ordenador principal, accidentalmente, según dice.

—Accidentalmente, por supuesto, Agente Gidlow —dijo Jeff con total sinceridad. Aparto de sus ojos su pelo moreno y rizado y permaneció todo lo erguido que pudo, de manera que resultaba mas alto que el agente—. ¿Por qué iba a hacerlo a propósito?

Gidlow sonrió sin ganas. Sus dientes puntiagudos se veían tan grises como su ropa y su piel descolorida.

—Si lo prefiere, Cadete, no lo hizo usted a lo tonto, lo cual no es mucho mejor. Almirante, lo he traído ante usted porque es un asunto de expulsión por razones de



seguridad y eso es cosa de su competencia.

—¿Seguridad?

—La forma en que este cadete se introdujo en la red del ordenador principal, accidentalmente, dice el, ha hecho que el ordenador de la cocina proporcione una serie de datos erróneos.

—¿Datos? ¿Que datos?

—No me parece oportuno comentarlo delante del cadete —contesto Gidlow apretando los labios.

—No sea tonto, Gidlow. Si se trata de un asunto de expulsión, el joven tiene derecho a saber que falta ha cometido.

—Una de las cosas, y puede ser suficiente por si sola, es que, como resultado de su estúpida conexión, todo se ha filtrado a través del ordenador de la cocina, lo que, entre otras cosas, significa que todas las recetas están ahora en Swahili de la Colonia Marciana.

El Almirante, que había estado jugando con los botones de su pupitre, comenzó a reírse entre dientes mientras miraba extrañado en su visor particular:

—Veo que un tal Jefferson Wells, de catorce años, suspendió en Swahili de la Colonia Marciana el semestre pasado.

—Si, Señor —dijo Jeff, intentando no ponerse nervioso—. Al parecer, no le había cogido el truco; pero ahora le estoy dando un repaso para el examen final de la semana próxima y trataba de aprender mientras dormía. Siento muchísimo lo del ordenador. Creí que estaba siguiendo bien las instrucciones y, por mas que lo pienso, no se donde me equivoque.

—No hay nada que pensar, punto —dijo Gidlow—. Lo cierto, Almirante, es que, hasta que volvamos a pasar las recetas al Basic Terral o hasta que se programe de nuevo el ordenador de la cocina para que se maneje en Swahili Marciano, no hay forma de que esta funcione. Nadie podrá comer en el Mando del Espacio; ni siquiera se podrá conseguir comida en lata. Creo —añadió mohíno— que quizá seria posible conseguir una provisión de tallos de apio, puesto que todavía no se han incluido en el índice.

—¿Que? —rugió Yobo.

Jeff se revolvió incomodo. Recordó, deseando que la tierra se lo tragara, que el Almirante Yobo era conocido por su profundo conocimiento del Swahili Marciano, incluso los tacos, así como por su increíble apetito.

—Lo dicho, Señor —replico Gidlow, tieso.

—Pero eso es ridículo —mascullo el Almirante Yobo, apretando los dientes—. El ordenador debe saber Marciano.

Gidlow miro de reojo a Jeff, que estaba intentando mantenerse aun mas tieso en su posición de firmes. Casi en un susurro, dijo:

—En el ordenador de la cocina se han introducido secretos muy importantes, junto con todo lo demás, y el Control del Ordenador dice ahora que todo esta

clasificado en el ordenador de la cocina, lo cual significa que los robots cocineros no funcionarían y que pasara mucho tiempo antes de que podamos meternos en el ordenador de la cocina para hacer algo al respecto.

—Lo que equivale —dijo el Almirante— a que pasara mucho tiempo antes de que yo..., antes de que cualquiera de nosotros pueda comer algo.

—Si, Señor; por eso se trata de un asunto de expulsión. De hecho tendremos que apartar mentalmente a este cadete antes de expulsarle, a fin de descubrir si se le ha quedado algún tipo de material clasificado.

—Pero, Señor Gidlow —dijo Jeff algo ronco, porque la boca se le había secado por el pánico (había oído contar cosas sobre lo que sucedía a la gente sometida a invasión mental)—, no se nada de Swahili, ni siquiera ahora. El aprendizaje en sueños no tuvo ningún éxito, por lo que no se me ha quedado ningún material clasificado. No pille nada, excepto algunas extrañas recetas Marcianas.

—¿Extrañas? —dijo el Almirante, mirándole furioso—. ¿Crees que la comida Marciana es extraña?

—No, Señor; no era eso lo que quería decir...

—Almirante —dijo Gidlow—, esta claro que tiene información clasificada que el cree que son recetas. Se le debe apartar.

Jeff se sintió presa de la desesperación.

—No tengo nada clasificado, solo recetas. Lo que hace que resulten extrañas es que están en Swahili de la Colonia Marciana, que sigo diciéndoles que yo no entiendo.

—Entonces, ¿como sabes que son recetas, eh? Almirante, este pequeño perturbador se esta acusando con sus propias palabras.

—Conozco los nombres en Marciano de algunos de sus platos —dijo Jeff—. Por eso lo sé. Me gusta ir a restaurantes marcianos. Mi hermano solía llevarme; para el no hay nada como la cocina marciana.

—Muy bien.

El Almirante Yobo dejo de lanzarle miradas furiosas y asintió con la cabeza.

—Muy bien. Tu hermano tiene buen gusto.

—Eso no tiene nada que ver, Almirante —dijo Gidlow—. El cadete tendrá que dejar la Escuela y acompañarme. Descubriré lo que sabe.

—No puedo dejar la Escuela —dijo Jeff—, estamos casi a final de semestre y me he inscrito en los cursos de verano para aprender robótica avanzada e inventar un hipermando.

—¡Ja, ja! —rio Gidlow con socarronería—. Con su expediente académico es probable que utilice el hipermando para enviar al Mando del Espacio hasta el Sol. Nadie ha inventado un hipermando y nadie lo hará jamás. Y, si alguien lo hiciera alguna vez, no seria un memo como usted. No va a volver a la Escuela, porque esta suspendido y espero que para siempre.

—¿No soy yo el que debe tomar esa decisión? —dijo Yobo muy despacio.

—Si, Almirante —contesto Gidlow—, pero en estas circunstancias, comprenderá usted, que no puede decidir otra cosa. Con las cuestiones de seguridad...

—Por favor —suplico Jeff, a punto de desmayarse—, todo ha sido un accidente.

Parecía como si las paredes de la oficina privada del Almirante, oscuras y recubiertas de paneles, fueran a caérsele encima y como si Gidlow se fuera convirtiendo en algo cada vez mas grande y mas gris.

—¿Accidente? ¡Claro! Es usted un peligro para la Federación Solar —dijo Gidlow—. Y, aunque no lo fuera, para usted se acabó la Academia. Pues sucede, Almirante, que las clases del cadete Jefferson Wells hace tiempo que están pendientes de pago. He indagado la cuestión y he descubierto que no tiene dinero para costearlas. La sociedad de la familia Wells ha quebrado. Farley Gordon Wells, llamado Fargo Wells, ha llegado a eso.

—¿No? ¡Es es m...! ¡Eso no es cierto! —grito Jeff, ofendido.

El Almirante Yobo se inclino hacia delante en su enorme silla:

—¿Es Fargo Wells el cabeza de familia?

—Si, Señor —contesto Gidlow—. ¿Le conoce?

—No demasiado, no demasiado —respondió Yobo sin ninguna expresión en el rostro—. Estaba en la Flota.

—Se vio obligado a renunciar; sospecho que por su total incompetencia. Esta claro que es algo hereditario. Y es igual de incompetente en la administración de las finanzas familiares.

—¡Eso no es cierto! ¡No es cierto! —dijo Jeff.

—Si no se trata de incompetencia, entonces es un sabotaje general. Solo nos queda esa alternativa. Podría estar al servicio de la Liga de Ing para tomar el Poder; ser uno de los espías de Ing.

—¡Se equivoca! —grito Jeff—. Mi hermano no es un traidor. No se vio obligado a renunciar. Tuvo que hacerlo cuando mis padres se mataron en un accidente, porque no quedaba nadie que pudiera ocuparse del negocio familiar. Estoy seguro de que hizo un buen trabajo.

—Un trabajo tan bueno —dijo Gidlow— que ni siquiera dejo dinero suficiente para que usted pudiera pagar su enseñanza. Lo que no hace al caso, pues, aunque usted tuviese un millón de créditos, tendría que marcharse, y eso debería consolarle. Vendrá conmigo, me acompañara al Control de Seguridad para someterle a una investigación mas minuciosa. Y, cuando hayamos acabado con usted, le mandaremos con su hermano, si es que sabe donde esta —Gidlow miro al Almirante—. He intentado localizar a Fargo Wells, sin conseguirlo.

—No acabo de entenderlo —dijo tranquilamente el Almirante Yobo—. He consultado la Central del ordenador y, según parece, no hay problemas.

Sus dedos recorrieron rápidamente las teclas de control de la consola y la pantalla de la pared se encendió.

A Jeff se le subió el corazón a la boca, al ver en la pantalla la imagen de su

hermano. Necesitaba la fuerza y el ánimo de Fargo; pero este no fue más que un primer deseo, seguido de una consternación inmediata. Los ojos azules y penetrantes de Fargo carecían del brillo que le era familiar y su pelo, negro y revuelto, aparecía perfectamente peinado.

Esto sí que es un problema, pensó Jeff. Por lo que veo, ni siquiera Fargo es ya quien era.

La imagen holográfica de Fargo asintió gravemente:

—Veo que está usted acompañado, Almirante, y adivino la razón. ¿Cree nuestro señor Gidlow que Jeff está al servicio de Ing? Admito que mi hermano menor aparenta más edad de la que tiene, pero a ningún cadete del Espacio se le puede obligar a someterse a una de las famosas investigaciones de Gidlow. Ni tan siquiera el asunto de Ing «el Ingrato» lo justifica.

—No ha dado usted en el blanco, señor Wells —dijo Gidlow, rígido—. No es que sospechemos que su hermano está confabulado con Ing, aunque en estos tiempos tan deplorables, no puede uno fiarse de nadie. Lo único que queremos descubrir es que tipo de material clasificado en Swahili Marciano ha asimilado del ordenador y le aseguro que lo haremos. No será usted el que me lo impida, señor Wells.

—Gidlow, admiro su total y absoluta seguridad, pero la Academia Espacial forma parte del Mando del Espacio —dijo Yobo— y, cuando se trata de investigaciones, me parece que soy yo quien tiene la última palabra.

—Si es algo que atañe a la seguridad, la responsabilidad no puede disociarse, Almirante. Con todo mi respeto, la decisión es mía.

—Con todo mi respeto, Gidlow, no lo es.

Yobo se levantó majestuosamente, elevándose como el Monte Olimpo de su Marte natal.

—Seré yo quien decida lo que hay que hacer con el chico.

Fargo se echó a reír de repente y empezó a hablar con fluidez en Swahili de la Colonia Marciana.

Gidlow se quedó boquiabierto, mientras el Almirante Yobo apretaba sus enormes puños y fruncía el ceño.

Jeff se sintió desconcertado.

—Fargo, ¿qué haces?

—Contando algunos secretos de estado, hermanito.

El Almirante miró a Jeff:

—¿No has entendido ni una palabra, verdad?

—No señor.

—Esta mintiendo —dijo Gidlow.

—No creo —cortó Yobo—. Considerando lo que ha dicho Fargo Wells, tendría que haber sido un actor consumado, para permanecer impertérrito. Se puede aceptar con toda garantía lo que acaba de probarnos Wells con su representación, esto es, que los intentos del chico por aprender en sueños no han tenido ningún éxito, tal como el

mismo decía. Puede volver a la Academia.

—Protesto, Almirante —dijo Gidlow—. La directora de la Academia ha admitido en mi presencia que hace tiempo que no se pagan las clases del chico, que solo gracias a su magnífico expediente académico, eso era antes, ha podido permanecer en la Escuela. En su opinión, habría podido conseguir una beca, pero considerando el daño que ha causado a los ordenadores, ahora ya no cabe ninguna posibilidad.

Al ver que el Almirante Yobo empezaba de nuevo a lanzar miradas furiosas, Fargo Wells intervino pausadamente:

—Hay algo de cierto en todo lo que dice Gidlow, Almirante. No tenemos mucho dinero y no podemos pagar la enseñanza. Estamos ya casi en verano y es probable que mi hermano necesite unas vacaciones y... bueno, tal vez entre tanto empecemos a rehacer nuestra fortuna.

Le guiño un ojo a Jeff. Pero Jeff rechazó la sugerencia:

—No quiero vacaciones, Almirante. Quiero pasarlas en la Academia. Mi intención es incorporarme a la Flota, algún día.

—Este verano no —dijo Fargo categóricamente—. Y, además, te resultara útil, Jeff. No estamos totalmente arruinados. Tenemos una nave de reconocimiento y podemos conseguir trabajos espaciales, lo cual puede representar una experiencia útil. Incluso tenemos suficiente dinero para mandarte de vuelta a la Tierra por transmisión y poder celebrar juntos el solsticio de verano.

En cualquier otro momento, el corazón de Jeff se habría disparado con solo pensar en ello. El solsticio de verano era al día siguiente y todo el Sistema lo celebraría en paz y concordia. Todas las gigantescas casas del espacio, o «cosmohogares», cada una de ellas con sus decenas de millares de habitantes —el Estado Lunar, la Colonia Marciana— se regían por los usos y costumbres del calendario del Hemisferio Norte de la Tierra (Incluso Australia había cedido, finalmente). Por deferencia hacia los Cuarteles Generales de la Federación Solar original, la antigua ONU, en la isla del Hemisferio Norte, ahora Territorio Internacional de Manhattan, había aceptado considerarse a sí misma, no sin cierta renuencia, parte de la Federación Solar. Jeff se dirigió al Almirante, con voz suplicante:

—Si se me permitiera permanecer en la Academia, Señor, para los cursos de verano...

Fargo intervino:

—Los chicos que confunden a los ordenadores necesitan alejarse de ellos y estar durante un tiempo en un sitio bien primitivo como Manhattan. Bajo mi custodia, naturalmente. ¿No le parece, Almirante?

Fargo y Yobo cruzaron una larga mirada.

Jeff se sintió ofendido. Odiaba que los mayores hablaran por encima de su cabeza, como si él no estuviera presente. Fargo casi nunca lo hacía. ¿Que estaba pasando?

—Si —dijo Yobo—. Ve y prepara el equipaje, Jefferson Wells.

—Pero yo... —empezó diciendo Gidlow.

—El chico se va a casa —dijo Yobo—. No es cosa suya.

—Vamos, Jeff —le animo Fargo—. Cuanta mas prisa te des, antes te libraras de la compañía encantadora de Gidlow. Anda; te contare cosas interesantes sobre las fechorías y las ambiciones de Ing «el Ingrato». ¿Recuerdas la consigna LCHC, eh? Hasta la noche.

—¿Que significa esa consigna? —pregunto Gidlow.

—Son cosas de Fargo —dijo Jeff rápido—. Significa que todas las dificultades se pueden vencer.

—¿LCHC? ¿Todas las dificultades se pueden vencer? Almirante aquí hay una especie de conspiración...

—No —dijo Jeff—. Es solo su forma de plantearse las dificultades. Es tan guapo que..., bueno, LCHC significa «las chicas hacen cola».

El Almirante prorrumpió en una carcajada estruendosa:

—Ese si que es el autentico Fargo —dijo, y Jeff trato de contener un suspiro de alivio.

—De todas formas —dijo Gidlow—, este chico no volverá a la Academia. ¡Puedes estar seguro de ello!

Salió como un torbellino y las líneas de su espalda mostraban su enojo.

¿Por qué me odiara de esa manera?, se preguntaba Jeff.

El Almirante Yobo, mirándole afablemente, dijo:

—Pronto irán mejor las cosas, Jefferson. Ya sabes que yo conocí a tus padres. Eran buenos amigos míos, y también buenos sismólogos, hasta que Io se los llevó. Pero no eran buenos negociantes, como no lo es Fargo, no —le tendió a Jeff un trozo de papel.

—¿Que es esto, señor?

—Un bono de crédito. Empléalo en comprarte un robot profesor, uno que pueda enlazar con el Sistema Educativo Solar. Estudia lo bastante como para poder volver a la Academia con una beca.

Jeff cruzo las manos detrás de la espalda:

—Señor, no podre devolverle el dinero.

—Yo opino que si. No creo que Fargo pueda hacerlo nunca, pero, no se por qué, me parece que tú tienes mas sentido común que él. De todas formas, no es que sea tanto dinero, porque no soy tan rico, o tan generoso. ¡Tendrás que comprar un robot usado! ¡Cógelo! Es una orden.

—Si, señor —dijo Jeff, saludando automáticamente. Salió corriendo, confundido y preocupado. ¿LCHC? ¿Tendría razón Fargo?

## 2. Elegir un robot

Hacer el equipaje no le llevo mucho tiempo. Los cadetes, fuera de su ropa y sus notas, poseían muy pocas cosas: pero Jeff poseía algo valioso, gracias a Fargo: un libro. Era una autentica antigüedad, un tomo encuadernado en piel cuyas paginas de cantos amarillos jamás habían sido restauradas. Contenía todas las obras de Shakespeare en su idioma original, en el lenguaje del que luego se había derivado el Basic Terral.

Jeff se dijo que ojalá nadie del Control de Seguridad le parara, abriera el libro de Shakespeare y viera los subrayados de Fargo en «Enrique V». Pero, de todas formas, aunque lo hubiesen hecho, no habrían entendido la lengua antigua.

«La caza ha comenzado», había gritado Enrique, pero ¿a quien estaba dando caza Fargo con su LCHC? ¿Seria a Ing?

Jeff hablo con algunos de sus compañeros de clase, los que eran mas amigos suyos, sobre la bancarrota y el ordenador de la cocina, pero no paso de ahí. Metió el libro en su bolsa de lona con un ligero aire de indiferencia, pese a que estaba solo en los aposentos. Siempre había que ser prudente.

Cogió el puente espacial para Marte.

Una vez llegado a Marte, almorzó rápidamente rodajas de berenjena con especias y queso, como solo los cocineros marcianos eran capaces de preparar; luego hizo cola en el transmisor de materia de la ciudad de Marte. A través de la cúpula pudo ver la lejana inmensidad del Monte Olimpo, el mayor montón de materia existente en cualquier mundo ocupado por seres humanos. Le hizo sentirse muy pequeño.

Y muy pobre.

Quizá debería entregarle el bono de crédito a Fargo, pensó Jeff. Lo necesita mas que yo un robot profesor. Pero siempre he deseado poseer un robot profesor, se dijo a continuación, repentinamente rebelde.

—¡El próximo! ¡Wells!

Por un instante, Jeff estuvo a punto de dar media vuelta. ¿Por qué tenía que tomar un transmisor? ¡Era tan caro!

Los transmisores de materia llevaban ya años en funcionamiento, pero seguían exigiendo una potencia enorme y un equipamiento muy complejo, lo cual incidía en el costo, a la hora de utilizarlos. Mucha gente cogía el ferri espacial de Marte a la Luna y desde allí a la Tierra. ¿Por qué Jeff no podía ser uno de ellos?; especialmente ahora, que la familia estaba al borde de la bancarrota.

De todas formas, el ferri tardaba mas de una semana y con el transmisor, en cambio, estaría en casa aquel mismo día. Y era evidente que a Fargo le urgía verle allí.

Todo esto se le paso a Jeff por la cabeza en menos tiempo del que se tarda en

concebir una duda. Entro en el habitáculo. Estaba hasta los topes de gente, de equipajes y de cajas de carga. Todos parecían personas ricas o que ocupaban cargos oficiales; Jeff se dejó caer desmadejado en su asiento, deseando que nadie se fijara en él.

Mientras esperaba a que conectaran la energía, volvió a sentir el deseo de inventar un hipermando. Todo el mundo sabía que en realidad existía una cosa llamada hiperespacio, porque era lo que empleaban las hicom para la comunicación instantánea, oral y visual. Por ejemplo, la imagen de Fargo había aparecido en el despacho del Almirante gracias al hicom. Después de todo, hicom quería decir «comunicación hiperespacial».

Y, si era posible forzar la radiación a través del hiperespacio, ¿por qué no se podía obligar a la materia a través de él? Seguramente tenía que haber algún sistema para concebir un motor que permitiera a una nave espacial cruzar el hiperespacio, superando el límite de la velocidad de la luz existente en el espacio normal. Eso significaba, probablemente, que primero habría que convertir la materia en radiación, y después habría que convertir la radiación en materia. O, si no...

Cincuenta años antes habían inventado un dispositivo antigrav y hasta entonces todo el mundo decía que eso era imposible. Ahora los dispositivos antigrav llegaban a fabricarse en un tamaño tan pequeño que se podían montar en un coche.

Quizá ambos imposibles tuvieran una relación. Si se empleaban los dispositivos antigrav junto con los transmisores de materia (que funcionaban tan solo a velocidades inferiores a la de la luz), se podría...

Se le nublo la vista. Siempre sucedía con la transmisión.

No había sensación del paso del tiempo, pero el habitáculo era diferente. Contenía las mismas cosas, pero era un habitáculo distinto. Podía ver el reloj en la cámara cavernosa de fuera. No habían pasado ni siquiera diez minutos, por lo tanto, la transmisión se había llevado a cabo —calculó rápidamente de cabeza, considerando las posiciones que tenían Marte y la Tierra en sus orbitas— a no menos de la mitad de la velocidad de la luz.

Jeff puso su reloj en hora, salió del habitáculo del transmisor y se encontró en la Tierra. Se preguntó si sus moléculas habrían resistido bien la transmisión.

¿No se trataría de un caso de conversión en radiación y viceversa? Seguramente podría mejorarse en cierta medida, hasta tal punto que... ¡oh, basta!

La gente materia-transmisión insistía siempre en que era imposible que las moléculas se echaran a perder durante el viaje y nadie había tenido nunca razones para reclamar. No obstante...

«De todas formas, yo no puedo hacer nada», decidió Jeff.

Pero, si hay que asumir el riesgo, pensó, ¿por qué no hacerlo bien? El hipermando sería, con mucho, la mejor opción. Seguiría equivaliendo a convertirse en radiación y viceversa, pero, por lo menos, era posible ir a cualquier parte, y con ello la contrapartida del riesgo sería mucho mayor.



Ahora, con la transmisión, solo se podía ir a otra estación transmisora. Si se quería ir a cualquier otro sitio en el que no hubiera transmisor, había que hacerlo por ferri o por carguero hasta el próximo transmisor, y ello podía significar tardar desde semanas hasta años. No en vano, la Federación estaba enclavada en el Sistema Solar.

Y por ello la rebelión de Ing era tan peligrosa.

Jeff llamo a casa de su familia desde la Gran Estación Central, en el terminal de transmisión público de Manhattan, con el fin de que la computadora ama de llaves tuviese tiempo para mandar a los robots de la limpieza que dieran un repaso de última hora al polvo.

El apartamento, al llegar, le pareció igual que siempre. Viejo, claro, pero así tenía que ser. Todos los miembros de la familia Wells se habían sentido orgullosos de poseer un apartamento en la Quinta Avenida en un edificio que se había mantenido, aparentemente con pegamento y oraciones, durante siglos. Tenía sus inconvenientes, pero era más hogareño.

—Bienvenido, señorito Jeff —dijo la computadora ama de llaves desde la pared.

—Hola —sonrió Jeff. Resultaba agradable que a uno le barrieran y reconocieran.

—Hay un mensaje para usted de su hermano Fargo, señorito Jeff —dijo la computadora, y una banda de cello salió de la ranura de los recados con un débil zumbido.

Era la dirección de una tienda de robots usados, lo cual significaba que Fargo y el Almirante Yobo habían vuelto a hablar después de que Jeff saliera de la oficina.

¿Por qué?, se preguntaba Jeff. ¿En aras del pasado? ¿Lo sabría Gidlow?

En Manhattan, aun era pronto. Le daba tiempo a ir a la tienda aquella misma tarde.

Jeff se sintió algo desanimado respecto a la compra del robot, justo ahora que estaba a punto de llevarla a cabo. ¿Debía discutirlo con Fargo e intentar que se quedara con el dinero del Almirante?

Pero el Almirante tenía que haber hablado de ello con Fargo. Algo había, pero ¿qué?

Antes de salir, Jeff tecleo para conseguir una hamburguesa en el ordenador de la cocina, que siempre funcionaba perfectamente, gracias a Fargo. «Lo primero es lo primero», se dijo y su apetito fue lo primero, incluso lo habría sido para él, no digamos para un chico en edad de crecer (¿Cuanto creceré todavía?, pensó Jeff). La hamburguesa estaba buena.

El hombre que llevaba la tienda de robots usados, pequeñajo, gordo y vanidoso, sopeso la suma de que disponía Jeff, tal como el mismo le había informado, y no pareció que le impresionara en lo más mínimo.

—Si lo empleas para un primer plazo —dijo—, puedes llevarte un modelo casi nuevo como este. Es una compra muy buena.

A lo que se refería con aquel «este» era a uno de esos robots nuevos, cilíndricos, vagamente humanoides, que se empleaban para enseñar en todos los colegios caros.

Podían conectarse con los sistemas del ordenador principal en cualquier ciudad y tener acceso a cualquier salida de información o biblioteca. Eran persuasivos, tranquilos, respetuosos, buenos profesores.

Jeff estaba estudiando el modelo casi-nuevo, lamentando que los fabricantes hubiesen decidido años atrás hacer que los robots inteligentes se parecieran solo ligeramente a los seres humanos. La teoría era que la gente no quería robots que se pudieran confundir con personas de carne y hueso.

Quizás tuvieran razón, pero Jeff hubiera preferido tener uno que se pudiera confundir con una persona de verdad, en lugar de otro que solo pudiera confundirse con la caricatura de una persona real.

El modelo casi-nuevo tenía una cabeza como un bolo, atravesada por una sensobanda como un halo ladeado. La sensobanda le servía para ver, oír y así sucesivamente, poniendo al robot en contacto general con el universo.

Avanzo algunos pasos para acercarse a mirar el número de serie de la sensobanda. Un número bajo significaría que era realmente viejo y no tan casi-nuevo como proclamaba el encargado de la tienda. El número era bastante bajo. Y, por si fuera poco, a Jeff no le gustaba la combinación de colores de la sensobanda. Cada una era distinta, para que resultara más fácil diferenciar los robots, y este resultaba estrepitoso y antiestético.

Pero el que a Jeff le gustaran o le dejaran de gustar cada una de las partes del robot era lo de menos. Si utilizaba el dinero para un primer pago, ¿de donde saldría el resto? Él no podía comprometerse a una serie de plazos mensuales durante uno o dos años.

Miro alrededor, vagamente, a las cajas de estasis; cada una contenía un robot cuyo cerebro no se hallaba en funcionamiento. ¿Habría allí algo que el pudiera permitirse? ¿Algo que pudiera pagar al contado? Un modelo más viejo que funcionara.

Observó en un rincón una caja de estasis, casi oculta tras las que había delante. Se metió dando bandazos como un pato entre dos cajas y apartó otra para poder mirar en su interior. Tal como estaba, medio escondido, no debía tratarse de un robot demasiado bueno, pero era exactamente lo que él se podía permitir.

A decir verdad, lo que había en la caja no parecía en absoluto un robot. Lógicamente tenía que serlo, puesto que para eso estaban las cajas de estasis. Todo robot inteligente tenía que permanecer en estasis hasta que se vendiera. Si el cerebro positrónico se hubiera activado y hubiese permanecido así hasta el momento de su venta, se habría podrido.

Y, así, dando vueltas sin hacer nada, pensó Jeff, el que se va a pudrir soy yo.

—¿Qué hay en esa caja? —pregunto bruscamente.

El encargado estiro el cuello para ver a que caja se refería y en su cara se dibujo una mirada de disgusto:

—¿Todavía esta eso ahí? No es lo que tú quieres, jovencito.

—Tiene que ser un robot tremendamente viejo —dijo Jeff.

La cosa que había en la caja parecía un barril metálico de unos sesenta centímetros de alto, coronado por un sombrero de metal. No parecía que tuviese piernas ni brazos, ni siquiera cabeza. Nada más que un barril y un sombrero. El sombrero tenía un ala circular y una copa redonda en lo alto.

Jeff siguió apartando cajas. Se inclinó para ver mejor el objeto.

Era realmente un barril metálico, abollado y hecho una pena, con una etiqueta pegada, una etiqueta vieja que se caía a trozos en la que se leía «Clavos Norb». Ahora Jeff podía distinguir en el barril unos puntos de los que seguramente saldrían unos brazos, si se dilataban ciertas chapas circulares.

—No pierdas el tiempo con eso —dijo el encargado, meneando la cabeza con violencia—. Es una pieza de museo, si es que algún museo quiere quedársela. No está en venta.

—Pero ¿que es? ¿Es realmente un robot?

—Claro que es un robot; un modelo R2, muy antiguo. Tiene su historia, si es que a alguien le interesa escucharla. Se caía a trozos; un viejo hombre del espacio lo compro, lo arreglo...

—¿Que viejo hombre del espacio?

Jeff había oído contar cosas acerca de los viejos exploradores del Sistema Solar, esos seres humanos que partían solos al encuentro de todo lo que pudiera resultar extraño o rentable o ambas cosas a la vez. Fargo se sabía todas sus historias y lamentaba que escasearan los hombres del espacio independientes, ya que los espías de Ing estaban por doquier y los piratas de Ing robaban a todo el que aceptaba el reto de viajar a lugares del Sistema poco conocidos sin una escolta oficial de la Federación.

—El caso es que se trataba de alguien llamado Mc Gillicuddy, pero nunca he conocido a nadie que hubiese oído hablar de él. ¿Y tu?

—No, señor.

—Se dice que murió hace medio siglo y su robot fue a parar a manos de mi padre en un remate. Yo lo herede, pero, desde luego, no me gusta.

—Entonces, ¿por qué no está a la venta?

—Porque ya he intentado venderlo. No funciona bien y siempre lo han devuelto. Tenía que haberlo mandado al chatarrero.

—¿Cuanto quiere usted por el?

El encargado le miró pensativo.

—¿No me has oído?, acabo de decirte que no funciona bien.

—Si. Lo he entendido perfectamente.

—¿Firmarías un papel diciendo que lo has entendido y que no lo devolverás, aunque no te funcione?

Jeff notó como si una mano fría se le agarrara al pecho, solo de pensar que le iban a arrancar el dinero del Almirante; pero quería aquel robot con su herencia espacial y

su aspecto tan extraño. Desde luego, un robot como aquel difícilmente podría tenerlo nadie. Los dientes le castañeteaban un poco, al decir:

—Por supuesto; firmare, si acepta como pago el dinero que tengo y si me da una factura en la que ponga «totalmente pagado». También quiero un certificado de propiedad inscrito en el Registro Municipal de Ordenadores.

—¡Ya! —dijo el encargado—. No tienes la edad.

—Represento dieciocho años. No me pida que le enseñe la documentación y podrá usted decir que estaba convencido de que si la tenía.

—Muy bien. Voy a rellenar los papeles.

Se marchó y Jeff se puso en cuclillas. Se agachó y miró con atención en el interior de la caja de estasis. El tal Mc Gillicuddy debía haber metido la maquinaria de un robot en un barril vacío usado para los clavos Norb.

Jeff observó más de cerca, pegando la cara al plástico polvoriento y alzando una mano para evitar los reflejos de la luz. Se dijo que el sombrero no debía estar siempre debajo. Una franja oscura por debajo de él indicaba que habían puesto el robot en estado estático sin que el sombrero estuviera totalmente dentro del barril.

Y había un extraño alambre fino que iba desde la parte oscura hasta el costado de la caja de estasis.

—¡No toques eso! —gritó el encargado, levantando por casualidad la mirada de entre sus archivos.

Era demasiado tarde. El dedo extendido de Jeff tocó la caja de estasis.

El encargado se le acercó de un salto, enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo de gran tamaño.

—Te he dicho que no lo toques. ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro —dijo Jeff retrocediendo.

—¿No has notado un calambre ni nada?

—No he notado nada. Pero si he sentido emoción —pensó Jeff—. Una soledad horrible. Que no era mía.

El encargado le miró con recelo.

—Ya te lo he advertido. No puedes reclamar por perjuicios ni por ninguna otra razón.

—No pienso hacerlo —dijo Jeff—. Lo que quiero es que abra usted esa caja de estasis para que yo pueda tener mi robot.

—Antes tendrás que firmar este papel, en el que dice que tienes dieciocho años. Y no quiero que me lo devuelvas jamás —gruñó para sí, mientras lo introducía en el dispositivo de la computimpresora, que barrió el escrito y lo devolvió pulcramente impreso por triplicado.

Jeff leyó el papel rápidamente.

—Representas dieciocho años —dijo el encargado—. Todo el mundo lo diría. Ahora déjame ver tu identificación.

—Se enterara usted de mi fecha de nacimiento.

—Bueno, tápala con el pulgar. Yo soy medio tonto y no me he dado cuenta de lo que has hecho. Solo quiero comprobar tu nombre y tu firma.

Miro la firma estampada en el carnet que Jeff le estaba enseñando.

—Muy bien —dijo—, aquí tienes tu copia. Ahora, el bono de crédito, por favor.

Lo miro, lo coloco en el tragatarjetas y se lo devolvió a Jeff; este sintió un escalofrió, porque aquello significaba, nada mas y nada menos, que todo lo que el Almirante le había dado se había transmitido, para siempre, de su cuenta corriente a la de la tienda. Se quedaba prácticamente sin nada.

El encargado avanzo como un pato entre el revoltijo de cajas y toco el numero en relieve del marcador de la caja que contenía el robot en el barril. La parte superior se abrió. Entonces, aquel alambre fino se introdujo lentamente en el barril y la tapa con forma de sombrero pareció ajustarse con firmeza, de forma que la franja oscura desapareció. El encargado pareció no darse cuenta de ello. Estaba demasiado absorto, intentando colocar la caja de estasis en mejor posición.

—¡Con cuidado! ¡Con cuidado! —dijo Jeff—. No estropee el robot.

Jeff se estaba preguntando si el robot estaría realmente en situación de pensar con el sombrero levantado y el alambre fuera. Volvió a sentir una punzada de simpatía. Si era así, tenía que haber sido horrible hallarse atrapado en una caja, capaz de pensar pero incapaz de salir de ella. ¿Cuanto tiempo había estado allí? Se había tenido que sentir tan desamparado.

—Por favor —dijo al encargado—. Es usted demasiado brusco. Déjeme que le ayude a sacarlo.

—¿Demasiado brusco? —contesto el otro con sorna—. No se puede estropear con nada, aunque solo sea porque ya tiene poco arreglo.

Miro a Jeff con una expresión desagradable.

—Has firmado este papel, lo sabes. Ya te dije que no funcionaba bien, por lo tanto, no puedes echarte atrás. No creo que sirva para la enseñanza, porque carece de las conexiones que le permitirían introducirse en el Sistema Educativo. Ni tan siquiera habla. Lo único que emite son sonidos que no comprendo.

Entonces, por primera vez, paso algo dentro del barril. La tapa en forma de sombrero salto por los aires y golpeo en el hombro al encargado, que estaba inclinado en la caja.

Por debajo de la tapa, asomaba media cara. Por lo menos, eso parecía. Había dos grandes ojos... ¡no!, Jeff miro por el otro lado y vio que también había dos grandes ojos por detrás... o, quizá fuera la frente.

—¡Vaya! —exclamo el encargado, levantando un puño.

Jeff dijo:

—Si intenta golpearlo, se hará usted daño. Además, ahora el robot es mio y apelare a la ley, si lo estropea.

El robot, con una voz perfectamente clara, alta y casi musical, dijo:

—Este desaprensivo me ha insultado. Me ha insultado todo lo que ha querido.

Siempre que se refiere a mi, me insulta. Puedo hablar perfectamente, ya me oyes. Hablo mejor que él. El hecho de que no tenga ganas de hablar con seres inferiores, como el llamado encargado, no significa que no pueda hacerlo.

El encargado hincho sus carrillos y pareció que estaba intentando decir algo, pero de su boca no salió nada.

Jeff dijo, no sin razón:

—La verdad es que este robot habla mejor de lo que lo hace usted ahora.

—No solo —dijo el robot—. Soy un robot perfectamente apto para la enseñanza, tal como demostrare ahora mismo. ¿Como te llamas, jovencito?

—Jeff Wells.

—Y, ¿que quieres aprender?

—Swahili. El dialecto de la Colonia Marciana..., señor.

Sucedió que, de repente, Jeff quiso mostrar un respeto decoroso para con un robot que claramente demostraba una cierta tendencia a la iracundia y a la falta de templanza.

—Bien. Cógeme la mano y concéntrate. No dejes que nada te distraiga.

La parte izquierda —o quizá derecha— del pequeño robot se dilato en una abertura no muy grande, por la que salió disparado un brazo con un codo giratorio y palmas con dos caras, de forma que resultaba imposible decir cual era el anverso y cual el reverso. Jeff cogió la mano, que tenía una suavidad agradable, pero cuya textura no era escurridiza ni metálica.

—Ahora te voy a enseñar a decir «buenos días, ¿como esta usted?» en Swahili Marciano —dijo el robot.

Jeff se concentro. Sus cejas saltaron hacia arriba y pronuncio algo que, por supuesto, para el encargado no tenía ningún sentido.

—Vaya una jergonza —dijo el encargado, encogiéndose de hombros.

—No, no lo es —dijo Jeff—. Yo se un poco de Swahili y lo que acabo de decir era «buenos días, ¿como esta usted?» en Swahili Marciano; solo que esta es la primera vez que consigo pronunciarlo correctamente.

—En este caso —dijo el encargado sin pensárselo dos veces—, no esperaras llevarte un robot profesor en perfecto estado de funcionamiento por ochenta y cinco miserables créditos.

—No, no debería —dijo Jeff—, pero es lo que he dado por el. Yo tengo el papel y usted tiene el dinero; asunto concluido. So pena que le contemos a la Policía que usted ha intentado venderle un robot inservible a un chico de catorce años. Estoy convencido de que este robot puede hacerse el inservible, si yo se lo pido.

El encargado volvió a resoplar.

Parecía como si el robot estuviese creciendo. De hecho, estaba creciendo. Del fondo del barril iban brotando unas piernas telescópicas, con pies dirigidos en ambas direcciones. Los ojos del robot estaban ahora mas a la altura de aquel encargado pequeño, al que Jeff sacaba una buena cabeza.

El robot dijo:

—Yo le sugeriría, persona inferior, que devolviera los ochenta y cinco créditos a este jovencito y le permitiera tenerme por nada. Un robot inservible no tiene valor.

El gerente soltó un chillido y retrocedió, yendo a parar sobre una caja de estasis que contenía un juego de robots escardadores.

—¡Esta cosa es peligrosa! ¡No obedece las leyes de la robótica! ¡Me ha amenazado! —comenzó a gritar—. ¡Socorro! ¡Socorro!

—No sea usted tonto, señor —dijo Jeff—. Solo le estaba haciendo una sugerencia. Puede usted quedarse con los ochenta y cinco créditos. Yo no los quiero.

El encargado volvió a refrotarse la cara.

—Así esta bien. Llévate esto de aquí. Tú respondes por el. Yo ya no quiero volver a ver nunca jamás a este robot. Ni a ti tampoco.

Jeff salió de la tienda, cogido de la mano de un barril que antaño había contenido clavos Norb y que ahora tenía dos piernas, dos brazos y media cabeza.

—Vaya lengua que tienes —dijo Jeff.

—¿Como lo sabes? —dijo el robot—, si hablo con los pies.

—Ya lo creo que si. ¿Como te llamas?

—Bueno, Mac, me refiero a Mc Gillicuddy me llamaba Macko, pero a mi no me gustaba. Mac y Macko suena a grupo de cómicos de variedades. Pero, por lo menos, cuando hablaba de mi, decía «el» y no «eso». Algo es algo. Sonaba respetuoso. ¿Como quieres llamarme tú, Jeff?

Jeff debía haber corregido al robot. Se suponía que todos los robots colocaban un tratamiento delante de un nombre humano, pero estaba claro que su robot no seguía las costumbres demasiado al pie de la letra y Jeff decidió pasarlo por alto. Además, se hartaría de que le llamaran señorito Jeff. Dijo:

—¿Siempre has estado dentro del barril de clavos Norb?

—No, solo desde que Mc Gillicuddy me encontró; esto es, desde que me arreglo. Era un genio en cuestiones de robótica, ya sabes.

Luego, con un orgullo mal disimulado, el robot añadió:

—El barril forma parte de mi mismo, y nunca me desgastare. ¡Jamás!

—Pues no se —dijo Jeff tan fresco—. Tu etiqueta esta a punto de caerse.

—Porque no la necesito. Este barril tan viejo, pero tan funcional, ya no contiene clavos. Me contiene a mi. Me gusta. Es de acero inoxidable bien resistente.

—De acuerdo —dijo Jeff—. En ese caso, y puesto que antes este precioso barril contenía clavos Norb, ¿por que no te llamo Norby?

El robot parpadeo y dijo:

—Norby... Norby... —Como si echara a rodar el sonido envolviéndolo con su lengua y lo saboreara, salvo que no tenía lengua y, probablemente, no podía saborear. Luego añadió—: Me gusta. Me gusta mucho.

—Bien —dijo Jeff.

Y el y Norby echaron a andar, siempre cogidos de la mano.

### 3. En Central Park

La computadora ama de llaves, al no tener sentimientos ni demasiada inteligencia, no dio muestras de desaprobación a Norby, lo cual alivió a Jeff, que habría debido imaginarse que no le iba a dar ningún quebradero de cabeza, por la sencilla razón de que era incapaz de hacerlo. De todas formas, tampoco puede decirse que la computadora ama de llaves aprobara a Norby, pero eso no tenía importancia.

Ahora, que ya estaba en casa y podía relajarse, Jeff examinó su compra con ojos críticos.

—Oye, Norby, ¿tu cabeza asoma algo más del barril?

—No. Es toda la cabeza que tengo. Y es toda la que necesito; la que necesitaría cualquiera. ¿Pasa algo?

Jeff estudiaba los ojos de Norby, grandes, extrañamente expresivos.

—No creo; pero ¿cómo te repararon? ¿Puedes salir del barril?

—Por supuesto que no. No hay ningún yo que salga del barril. Es parte de mí mismo. Mac me soldó herméticamente; este barril es mi almacén, es mi esqueleto. ¿Te sales tú de tus huesos, cuando vas al médico? ¡Salir del barril! ¡Vaya cosa!

—No te sulfures; solo estaba preguntando. ¿Cómo pudieron repararte? No tengo más remedio que reconocerlo, Norby, no puedo permitirme muchos gastos en mantenimiento, así es que espero que no estés pensando en escacharrarte.

—Si lo que te preocupa es el gasto, Jeff, olvídale. Yo jamás necesitaré una reparación. Se me da bien arreglar otras máquinas; pero yo siempre seré tal como me ves ahora.

Norby empezó a evolucionar rápidamente de aquí para allá sobre dos veloces pies en movimiento, pero sus ojos permanecieron fijos, mirando con firmeza a Jeff. Por lo menos los dos delanteros; ¿o eran los dos traseros?

—Como ves, funciono perfectamente. Mac era un genio.

—¿Mc Gillicuddy?

—Pues claro. ¿Por qué emplear cinco sílabas, cuando con una basta? Además, a Mac le gustaba que le llamaran así, Mac. Yo le decía: «Si te gusta Mac, Mac, Mac tendrás».

—Esos son tres Mac seguidos.

—Todos los que quería, por la forma en que me soluciono. Naturalmente, tuvo ayuda.

—¡Ah!, y, ¿qué tipo de ayuda?

Norby, que había estado zascandileando alegremente, se paró de golpe. Miró a Jeff fijamente con una mirada solemne. Luego, se trago la cabeza.

—He dicho que qué tipo de ayuda.

Norby permaneció callado.



Jeff dijo:

—Oye, te estoy haciendo una pregunta. Tienes que contestar. Es una orden y tú tienes que obedecer las ordenes.

Por debajo del sombrero salió un humilde y amortiguado:

—¿Tengo que hacerlo? ¿No podríamos ser socios?

—¡Socios! Bien, Norby; ahora comprendo por que tus otros dueños tuvieron problemas contigo. Estuviste demasiado tiempo con un viejo trotamundos espacial, tan solitario que olvido que eras un robot y te trato como a un ser humano. Pero tú sabes que no lo eres. Eres mi robot profesor y, desde luego, poco será lo que me ensenes, si te comportas de forma tan insubordinada.

El sombrero se levanto ligeramente y los ojos de Norby lanzaron una ojeada por encima del borde del barril. Solo se veían parcialmente.

—No es esa la razón. Sencillamente, los demás dueños no me gustaban. Me equivoque al elegirlos, así es que hice que me devolvieran.

—El siguiente paso será decir que te equivocaste conmigo y hacer también que yo te devuelva.

—Podría, si vuelves a actuar como acabas de hacerlo. Y, ¿por qué esperas que yo obedezca ordenes? ¿Me habrías comprado si hubiese sido otro robot profesor?

Jeff se echo a reír:

—Si lo planteas de esa forma, no. Supongo que tú dirías que se trato de un impulso misterioso. Creo que me gusto tu forma de mirar. Eres el bicho mas raro que he visto jamás.

—¿Raro? Un respeto, ¿eh? Lo que estoy es pero que muy garbosamente proporcionado.

—De acuerdo. No te ofendas otra vez. Quizá fueran esas proporciones tuyas, tan elegantes, las que me hicieron comprarte movido por un extraño impulso.

—De impulso, nada.

—¿No?

—¡No! Desde la ultima vez que me devolvieron, me las arregle para mantener mi cabeza un poquito levantada e incluso saque mi sonda y la mantuve conectada a tierra. El encargado era de veras demasiado inferior para caer en ello. Y, de esa forma, no me vendería a cualquiera que entrara por la puerta. Podía ver a los clientes y sentirlos...

—¿Sentirlos?

—Sentir sus mentes. Por eso note enseguida que me gustabas y que...

—Gracias, Norby.

—Bueno, me pareciste razonable y no demasiado engreído. Parecías el tipo de persona que no se empeña en ser superior a un pobre robot. Aunque, a lo mejor, me equivoque.

—Lo siento, Norby.

—De acuerdo; acepto tus disculpas. De todas formas, hice todo lo que pude para

atraer tu atención y que tuvieses ganas de comprarme, y trate de que el encargado dijera cosas desagradables sobre mi, no resulto nada difícil, porque, así, te entrarían mas ganas de comprarme. Funciono.

—De acuerdo, Norby, somos socios.

Jeff cayo en la cuenta de que Norby no había dicho ni palabra de la soledad, así es que él tampoco lo hizo.

—¿Habrías podido arreglar ese taxi desvencijado que cogimos para volver a casa desde la tienda de robots?

—Si hubiese tenido las piezas, tantas, que ya de paso, habría podido fabricar uno nuevo, creo que si. El antigra de taxi era tan malo que la mayor parte del viaje fuimos descortezando el suelo a dos palmos de altura. Y el cerebro-robot del taxi era tan viejo y estaba tan deteriorado que debían haberlo desguazado hace dos años.

La voz de Norby sonaba marcadamente superior.

—La mayoría de los taxis de Manhattan están así —dijo Jeff—. ¿Me contarás cosas de Mac, lo que te hizo y que tipo de ayuda recibió? Solo te lo pregunto como amigo y socio.

—Pues claro. ¿Por qué no? Desde luego que si. Pero no ahora. Porque lo que voy a hacer ya mismito es enchufarme en la corriente de la casa y disfrutar de un delicioso baño electrónico. Espero que tengas dinero suficiente para pagar la cuenta de la luz, Jeff.

—Hasta ahí llego —dijo Jeff—, siempre que no te des un baño cada hora, claro esta.

—No soy tan glotón —dijo Norby con altivez. Salió corriendo hacia una esquina y se enchufo, con su cuerpo de barril sobre la alfombra y las piernas asomando lo bastante como para balancearlo, al tiempo que se acunaba hacia delante y hacia atrás, arrullándose a si mismo.

Jeff sonrió abiertamente. Fuera lo que fuese lo que había hecho el tal Mc Gillicuddy para fabricar a Norby, no cabía duda de que era único. Jeff nunca se había topado con un robot como Norby, ni había oído hablar de ninguno como el. ¡Espera a que Fargo vuelva a casa y lo vea!

Y, puestos a pensar en ello, ¿por qué no había vuelto todavía Fargo a casa?

La medianoche llego y paso. El solsticio de verano se iba a celebrar al alba. Eso había dicho Fargo. Y era cosa que se tomaba muy en serio, conque, ¿donde estaría?

Jeff acabo por dormirse, con cierta dificultad, porque estaba preocupado y porque podía oír a Norby explorando la casa, abriendo libros y jugueteando con los aparatos, y no podía dejar de preguntarse si estaría causando algún destrozo.

Pero, sobre todo, estaba preocupado por Fargo. Fargo era un buen hermano. Había sido casi un padre para el, alguien responsable y en quien se podía confiar, salvo en lo tocante a esa costumbre suya de meterse en líos sin quererlo y de trastocar todos sus planes.

—¡Levántate! ¡Ya es casi de día!

—¿Eres Fargo? —dijo Jeff frotándose los ojos.

—Soy Norby. Si quieres celebrar al alba el solsticio en el parque, mas vale que nos vayamos.

—Pero Fargo no esta y el parque no es un sitio muy seguro...

La cabeza de Norby apareció de pronto toda entera:

—¡No es seguro! ¿De que tienes miedo? ¿Estoy yo, no? Yo te protegeré.

—Tú eres demasiado pequeño. A quien necesito es a Fargo. Es un experto en artes marciales. Me ha estado enseñando, pero yo no lo hago tan bien y, además, me hizo prometer que no iría al parque por la noche si él no me acompañaba.

—¿Que son las artes marciales? Enséñamelo.

—De acuerdo —dijo Jeff, bajándose de la cama y sacudiendo la cabeza medio atontado—, pero, primero, deja que me lave.

Quince minutos después estaba en pantalones y camiseta. Se coloco en posición frente a Norby y dio un grito.

—¿Y bien? —exclamo Norby, al cabo de un rato—. ¿Ahora que pasa?

—Pues que tienes que atacarme.

Norby se abalanzo con presteza sobre Jeff, que se echo hacia atrás, le agarro uno de los brazos al pasar y tiro de él.

El barril pego contra la pared de enfrente y reboto contra el suelo. Todos sus miembros se replegaron y todas sus aberturas se cerraron tan pronto como Jeff lo soltó. Luego, rodo por la habitación.

—Norby, ¿te encuentras bien? No era mi intención tirar tan fuerte. Ha sido un reflejo.

Del barril no salió ningún sonido.

—¡Eh!, Norby, ¿te has estropeado?

El sonido salió, amortiguado y resentido:

—No me puedo estropear, físicamente. Pero estoy herido en mis sentimientos.

—Se supone que no tienes sentimientos.

—Pese a todo, los tengo. El hecho de que tú seas humano no significa que tengas derecho a decidir que yo no he de tener sentimientos.

—No sabes cuanto lo lamento. Tendré mas cuidado.

Jeff levanto a Norby y echo a andar hacia la puerta. El barril era poco manejable y pesado y Jeff se dio cuenta de la ardua tarea que se traía entre manos.

El sombrero de Norby se elevo; sus ojos miraban a Jeff.

—¿Que estas haciendo, Jeff?

—Te estoy llevando al parque. He pensado que quizá no te apetezca andar, con esas patitas tan cortas.

—Lo que quieres decir es que, con esas piernas tan largas, te va a ser muy difícil acortar tu zancada y andar al mismo compas que yo, ¿no es eso?

—Bueno, si.

Norby emitió un ligero ruido chirriante:

—Tienes buenas intenciones, Jeff; pero hay muchas cosas que tú no conoces.

—Nunca lo he negado —dijo Jeff.

—Ni se te ocurra. Voy a confiarte un secreto.

—¿Qué secreto?

—Este —dijo Norby, estirando una mano que agarro la de Jeff. A continuación, empezó a flotar, arriba y abajo, arrastrando a un Jeff estupefacto a través de la ventana.

—¡Tienes antigrav! —grito Jeff—, antigrav miniaturi...

—No hables tan alto —dijo Norby—. No hace falta dar tres cuartos al pregonero.

—¡Ay! —exclamo Jeff, cuando su cabeza rozo la parte superior de la ventana de guillotina.

Tuvo apenas tiempo para alegrarse de que, al ser su apartamento tan viejo, se pudieran abrir las ventanas e inmediatamente se vio en plena navegación cruzando la Quinta Avenida, hacia Central Park. No colgaba hacia abajo con un brazo descoyuntado, como habría sucedido si hubiese ido sujeto pasivamente a una cuerda. Por el contrario, era como si la antigrav de Norby le hubiese alcanzado a el también, sujetándolo, elevándolo...

Norby dijo:

—Creía que tenía antigrav, pero nunca se puede decir. Ojalá me acuerde de como funciona.

Ahora, Central Park quedaba justo debajo de ellos. A sus espaldas, muy abajo, por levante, el cielo clareaba tras los rascacielos, pese a que el Sol aun no había salido. A sus pies, el parque aun se hallaba sumido en la sombra profunda de la noche.

—Siempre me había preguntado a que se parecería la antigrav personal —dijo Jeff, excitado y sin aliento. El viento echaba hacia atrás su pelo, moreno y rizado, apartándose de la frente.

—Es un esfuerzo considerable, si quieres que te diga la verdad; y no se cuando podre darme el próximo baño eléctrico.

—A mi me parece fácil. Fácil y delicioso, como nadar en un océano de agua que no puedes sentir, como zambullirse a través de...

—Claro, porque no eres tu el que estas produciendo el campo antigrav; a ti no te cuesta nada —gruñó Norby—. No presumas tanto de lo que sientes, que te vas a olvidar de que estas colgado. ¡Agárrate mas fuerte! Y, además, dime donde se supone que tengo que ir para esa celebración vuestra del solsticio.

—Es en el Paseo, esa zona arbolada mas allá del cobertizo, con el estanque de las barcas rodeándola hasta la otra punta. Ahora, baja.

—No tan deprisa. Tengo que adivinar como hacerlo. No podemos dejarnos caer así, sin mas. Te troncharías un hueso o cualquier otra cosa. Además, esta oscuro y no puedo hacer que mi luz interior brille lo suficiente sin quedarme sin potencia. No puedo producir antigrav y luz al mismo tiempo. ¿Qué crees que soy?, ¿una central nuclear?

Norby daba vueltas; bajaban y luego volvían a subir en una sacudida.

—¡Eh! —Gritaba Jeff—, ¡ten cuidado!

—Oye, tengo que hacerlo bien, ¿no? —dijo Norby—. No es fácil ajustarse al campo gravitatorio y dejarse caer lo justito —gruñó—. Esta bien, ahora... ahora. Me gustaría respirar para poder aguantar la respiración.

—Yo aguanto la mía —dijo Jeff.

—¡Bien! Eso ayuda psicológicamente. Resulta difícil distinguir el suelo de la sombra, entre tanta oscuridad.

Con un porrazo que le hizo castañetear los dientes, Jeff se encontró con los codos y las rodillas, bien hincados en la tierra húmeda. Su cabeza se asomaba a un estanque de pececillos dorados, en el centro de un pequeño claro de hierba. Habían tenido suerte; era precisamente el lugar al que Jeff habría querido que Norby apuntara, si hubiese habido suficiente luz para ver.

A pesar de la oscuridad, Jeff pudo ver los peces de colores. El estanque parecía estar iluminado desde dentro, lo cual no dejaba de ser extraño, ya que Manhattan no solía andar demasiado sobrado de iluminaciones ornamentales en los parques públicos.

—¡Norby! ¿Dónde estas? —llamo Jeff, tratando de gritar en un susurro.

La luz del estanque brillo y, lentamente, una silueta surgió por encima y fuera del agua. Era la silueta de un barril, envuelto en nenúfares. Siguió emergiendo, hasta que estuvo suspendido a un palmo del agua y, entonces, se puso a girar rápidamente en el aire, salpicando gotas, como haría un perro al sacudirse.

Jeff recibió algunas rociadas y grito:

—¡Eh!

Poco a poco, el barril dejo de girar. Dos piernas salieron del fondo y emprendieron una digna intentona de pasear —por los aires— hacia Jeff.

El sombrero de Norby se elevó.

—No creo que haya estado del todo bien. Di la luz justamente un poquitín tarde. Con todo y con eso, ha sido un aterrizaje excelente, modestia aparte.

—Tú te lo dices todo —dijo Jeff—. Estoy de barro hasta los ojos y, por si fuera poco, te las has apanado para dejarme bien empapado.

—Ya te secaras —dijo Norby—. Y el barro también se secara y luego podrás quitártelo.

—¿Tú que tal estas? —pregunto Jeff—. ¿Te ha entrado agua? ¿No te oxidaras, verdad?

—Nada puede perjudicarme —dijo Norby—. Por fuera, acero inoxidable; y, por dentro, aun mejor.

Desenredo cuidadosamente una rama de nenúfar enroscada en su cintura y la echo al estanque con gesto remilgado.

Norby puso en funcionamiento su iluminación, pero ya había suficiente luz como para que Jeff fuera capaz de verlo aun sin ella.

—Ahora ya se por qué una simple llave de yudo te hizo aterrizar sobre la copa de tu sombrero —dijo.

—Tú arremetiste contra mi antes de que estuviese listo —dijo Norby.

—Yo no hice tal cosa. Fuiste tu el que te abalanzaste —contesto Jeff.

—Quieres decir que te defendiste antes de que yo estuviera listo.

—Que no fue así. Lo que pasa es que no sabes manejarte con tu propia tecnología. Lo has dicho tu mismo, cuando estábamos antigravitando.

—Reconozco que fue difícil, pero lo logre —dijo Norby—. Fíjate, como hemos aterrizado.

—Lo lograste, pero mal —insistió Jeff—. Casi aterrizamos en China.

—Bueno; por lo menos, lo intente —dijo Norby con pena—. Seguro que, por lo que has pagado por mi, no hay robot que lo haga. Además, no es culpa mía. Resulte dañado en un accidente aéreo espacial y luego Mac me arreglo de forma que fuera insanable, ya ves.

Empleo para ello piezas rescatadas de un salvamento y...

—¿Piezas rescatadas de un salvamento? —pregunto Jeff.

—Oye, si vas a poner en duda todo lo que te cuento, mas vale que me calle.

—¿Piezas de que salvamento? ¡Corcholis! Alguna vez tendrás que contestar a mis preguntas; ¿eres un robot o no?

—Pues, ¡claro que lo soy! ¿Como es posible que no entiendas que tengo que decir la verdad?

Jeff suspiro profundamente.

—Tienes razón. Perdona, si he parecido incrédulo. ¿Piezas de que salvamento, Norby?

—De una vieja nave espacial que hallamos en un asteroide.

—Eso es imposible. Yo te creo, Norby, te creo. Ya sé que no puedes mentir, pero eso es imposible, porque nadie ha encontrado nunca una nave en un asteroide, tirada por ahí como si nada. En las colisiones, el Mando del Espacio se encarga siempre de los salvamentos. Y, en esta era computarizada, siempre sabe cuando se ha producido una colisión; y también sabe exactamente donde.

—Bueno; pues, en aquella ocasión, el Mando del Espacio no llevo a cabo el salvamento. La nave estaba allí tirada y la salvamos nosotros. Y, ¿como quieres que te diga que asteroide era? Hay allí unos cien mil asteroides. Era un asteroide pequeño, exactamente igual que todos los asteroides pequeños.

—¿Que sucedió cuando te reparó?

—Se reía entre dientes sin parar. Parecía muy satisfecho de si mismo y no hacia mas que decir, «Bueno, bueno, bueno; espera a que vean esto». Ya sabes, era un genio. Le pregunte de que se trataba y no me lo conto. Me dijo que quería sorprenderme. Pero se murió; y no conseguí saberlo nunca.

—¿Qué fue lo que no conseguiste saber?

—Las cosas que podía hacer, como eso del antigrav, y como hacerlas. A veces no

me da tiempo a coordinar, por eso pudiste tirarme. No aterrizo bien porque no tengo tiempo suficiente para tomar las decisiones necesarias. Pero no se lo cuentes a nadie, por favor.

—¡Que cosas dices!, ¡por supuesto que no!

—Los científicos me descuartizarían, o intentarían hacerlo, para descubrir como hago lo que hago y no tendría gracia;... que intentaran descuartizarme, quiero decir. Me encantaría contárselo... si lo supiera.

Jeff se recostó, abrazándose las rodillas cubiertas de barro. Miro al cielo, que estaba enrojeciendo ante la fuerza del alba.

—¿Sabes?, apuesto a que se trataba de una nave espacial alienígena. Sería la primera prueba tangible de que hay inteligencia alienígena mas allá de nuestro Sistema Solar. Si eso es cierto, Norby, tú serías la primera prueba autentica de ello.

—Pero no dirás ni palabra. Me lo has prometido —dijo Norby cuya voz dejaba traslucir el pánico.

—¡Jamás! No lo diré; soy tu amigo —le tranquilizo Jeff tendiendo su mano y estrechando la de Norby—. Pero tenemos que seguir con la celebración del solsticio de verano.

—De acuerdo —dijo Norby—, aunque quizá no sea fácil. Me parece que hay un rebano de elefantes por algún lado.

La verdad es que se oían pasos acercándose. Muchos pasos.

Jeff agarro a Norby y corrió tras un arbusto. Por el sendero, entre los arboles, avanzaba un grupo de personas. Cada una de ellas llevaba colgados unos prismáticos.

—Observadores de pájaros —susurro Jeff.

—¿Qué son esos? —pregunto Norby—. ¿Una especie nueva de seres humanos? Jamás había visto nada parecido.

—Porque has dedicado demasiado tiempo a observar asteroides en el espacio con Mc Gillicuddy. A los seres humanos les gusta observar lo que hacen otros animales. Esta gente observa pájaros, no asteroides.

—¿Quieres decir que se entrometen en la vida privada de los pájaros?

—A los pájaros no les importa.

—Pero ¿es que esos seres humanos no tienen nada mejor que hacer?

—Observar las aves es una buena acción. ¿Preferirías que fueran por ahí ensuciándolo todo?

—Los pájaros también ensucian...

—¡Calla, Norby!

La persona que iba en cabeza, una anciana señora con el clásico traje de *tweed*, se paro junto al estanque de los peces.

—Este —dijo— es un buen lugar para observar a los búhos. En Central Park los hay desde hace un siglo; antes se detenían aquí ocasionalmente, pero no se asentaban. Había siempre suficientes ratas y ratones para que pudieran alimentarse; pero, o bien el aire estaba demasiado contaminado o la ciudad resultaba demasiado ruidosa. Por

una razón u otra, decidieron que el precio de una buena comida resultaba excesivamente caro. Ahora parece que les gusta Manhattan, como a todos nuestros buenos patriotas de Manhattan; por lo menos a los mochuelos si les gusta. Me han dicho que anidan en los arboles de estos alrededores y, puesto que todavía no ha amanecido, podemos tener la suerte de ver un búho en acción.

—Yo no tengo ganas de ver un búho en acción —salto Norby.

—¿Cómo? —dijo con voz aguda la señora vestida de *tweed*—. ¿Quién ha dicho eso? Si hay entre nosotros alguien que no quiera verlos, ¿a qué ha venido?

—No me gustan los búhos. Seguro que dan miedo —dijo Norby.

—Solo si te pareces a una rata —bisbiseo Jeff—, y no lo pareces; aunque no me extrañaría que te comportaras como tal. Y ahora ¡estate quieto!

—Hay algo detrás de ese arbusto —dijo un chico—. ¡Justo ahí!

—¡Atracadores! —chillo una chica, agitando los prismáticos—. ¡Nos golpearan y nos quitaran nuestros prismáticos!

—Yo no necesito vuestros prismáticos —dijo Norby—. Cuando quiero, empleo mi visión telescópica.

—¿De veras? —exclamo Jeff, encantado—. Eso puede resultar muy interesante.

—Quizá se trate de terroristas de Ing —dijo un hombre— que están celebrando una reunión secreta en el parque.

El grupo de observadores de pájaros se quedo quieto de repente.

Jeff aguanto la respiración e incluso Norby permaneció inmóvil, para variar.

En aquel preciso instante, una sombra se despego del árbol oscuro y cayo en picado sobre las cabezas de los observadores de pájaros.

—Nos están atacando los terroristas —chillo el mismo hombre que los había mencionado antes.

La mujer de *tweed* se quedo traspuesta, con las manos entrelazadas. No parecía haberse asustado lo mas mínimo, solo estaba excitada.

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Es un búho grande gris! ¡Un búho canadiense! ¡Es raro verlos tan al sur! ¡La primera vez que veo uno en Central Park!

Los demás no le prestaban atención. Huían sendero abajo, asiendo sus prismáticos.

—¡Vámonos! —Gritaba uno de ellos—. No tiene sentido observar pájaros, cuando los terroristas nos están observando a nosotros.

A Jeff no le hacia ninguna gracia haberles aguado la fiesta a los observadores de pájaros. No tenía ninguna intención de verse involucrado, pero no le quedaba mas remedio. Se levanto, dirigiéndose hacia la señora que guiaba la expedición de observadores de pájaros:

—Yo no soy un terrorista ni un atracador, señora. Estoy aquí para celebrar el solsticio de verano. Una tradición de familia.

—¡Ay de mi! —dijo la señora—, el búho se ha ido.

—Eso espero —dijo Norby—, era lo suficientemente grande como para



antojársele que yo era un ratón.

Jeff le dio un codazo a Norby, diciendo:

—Debería darte vergüenza, asustarte de un pajarito.

—¿Un pajarito? ¡Con unas alas de cuatro metros de envergadura!

—¡Cállate! —dijo Jeff, y Norby se apaciguo refunfuñando.

—Puede que vuelva usted a verlo, señora —dijo Jeff.

—Ya lo creo que me gustaría. Verlo al menos una vez era el sueño de mi vida..., pero ¿qué es eso que hay detrás del arbusto?

—Es... una especie de... mi hermano pequeño. Se asusta fácilmente.

—Eso no es cierto —dijo Norby—. Soy tan valiente como un trotamundos espacial.

—¿Como qué? —pregunto la mujer.

—Ha dicho que es valiente. No tiene miedo de nada, con tal de que sepa que puede salir corriendo.

—Soy valiente como un león —grito Norby.

—No ha visto un león en su vida.

—He visto leones en fotos —dijo Norby—. Mac llevaba una vieja enciclopedia en su nave. Yo se como ser valiente. Y no huyo del peligro.

—Tu hermanito pequeño habla muy bien, para ser tan chico —dijo la señora, acercándose hacia el arbusto.

—Es un niño prodigio —dijo Jeff, cortándole el camino—. Pero es muy tímido. Se sentirá muy azorado, si se acerca usted a él. Desde luego, habla muchísimo, pero solo se debe a que le da mucho a los pies..., es decir, a la lengua... Pero ahora debería estar celebrando ya el solsticio de verano...

La señora dijo tímidamente:

—Entonces, ¿no puedo verlo?

—No, no puede. Me parece que esta usted aquí para observar pájaros, no para observarme a mi —grito Norby.

—Quiere decir que se trata de una ceremonia de familia estrictamente privada —dijo Jeff disculpándose—. No tenemos costumbre de admitir observadores.

De entre los arboles llego un grito:

—¿Se encuentra usted bien, Srta. Higgins?

La mujer sonrió.

—Hay que ver. Con lo asustados que estaban, han vuelto a rescatarme. ¡Que gesto mas enterecedor! —Alzando la voz, dijo—: Estoy perfectamente, amigos míos. Ahora voy —y luego se dirigió a Jeff—. ¿Quieres formar parte de nuestro grupo alguna otra mañana?

—¡Pues claro! —dijo Jeff—, pero ¿no es mejor que vuelta usted con ellos? Deben estar tremendamente preocupados por usted.

—Ya lo creo. Nos vemos todos los miércoles por la mañana y en ocasiones especiales. Ya te avisare. Dime tu nombre y apellido.

Jeff se los dio y ella los apunto en un librito de notas blanco.

A lo lejos, el búho ululaba.

—¡Por aquí! —La Srta. Higgins llamaba a su grupo—. Quizá podamos vislumbrarlo otra vez.

Se sumergió en la oscuridad del bosque y Jeff pudo oír como se encontraba con su grupo y lo conducía por otro sendero. Al fin el parque parecía otra vez desierto, exceptuando los tenues sonidos de los animales y los gorjeos madrugadores de los pájaros.

—¡Ha sido horrible! —dijo Norby.

—¿Que dices? —contestó Jeff—. Solo ha sido un pequeño retraso y, además, inofensivo. Normalmente en nuestro viejo Central Park pasan cosas mucho peores.

—¿Atracadores y terroristas? —pregunto Norby—. Háblame de ellos.

—Eran gente violenta de hace mucho tiempo. Hoy en día Central Park esta perfectamente civilizado.

—Entonces, ¿por que me dijiste que no ibas al parque por la noche?

Jeff se sonrojo.

—Fargo se preocupa demasiado de mi. A veces piensa que soy un niño pequeño. De todas formas, ahora el parque es un lugar civilizado. Ya lo veras.

—Mas vale que así sea —dijo Norby—. Yo soy un objeto muy civilizado y prefiero evitar cualquier cosa que no lo sea.

## 4. Fuera de Central Park

Jeff se estiro. No había dormido lo suficiente, pero estaba a punto de amanecer y llegaba el momento del solsticio.

—Anda, Norby; vayamos civilizadamente hacia el punto de encuentro especial de los hermanos Wells.

—¿De los hermanos Wells? ¿Es vuestro? ¿Sois los dueños?

—No exactamente. Legalmente no. Pero lo sentimos como nuestro; entrañablemente nuestro.

—¿Y legalmente no? Si vamos a tener líos con la poli no quiero ir.

—No vamos a tener líos con la poli —dijo Jeff con irritación—. ¿Que crees que es esto? ¿Los asteroides? Tú, sígueme.

Empezó a bajar por otro sendero en la orilla contraria del estanque, pero se detuvo y miro hacia atrás, a Norby, que no quería arrancar.

—Pues anda, vete con tu antigrav si quieres, Norby; ya sé que caminar es difícil para ti —añadió Jeff.

—Puedo andar perfectamente cuando quiero —dijo Norby—. Me gusta andar. He ganado carreras de andar. Se andar mas alto y mas profundo que nadie... pero mas rápido no. Los seres humanos piensan que para andar, lo único importante es ser veloz y ellos tampoco es que sean tan veloces. Los avestruces y los canguros andan sobre dos patas y son mucho mas veloces que los seres humanos. He leído sobre ellos...

—En la enciclopedia de Mac, ya lo sé. Los canguros no andan, saltan.

—Los seres humanos saltan y no saben ir tan rápido como los canguros. Además, son muy ridículos cuando saltan. Si tuvieran cuerpos de barril, como el mio, seria otra cosa. Mírame a mi, como salto.

—Muy bien; salta si quieres, pero mira donde...

Era demasiado tarde. Norby había tropezado con una raíz y se había caído de cabeza. Sin embargo, su cabeza no cayo; lo que se elevaron fueron sus piernas. Su cuerpo se izo en el aire boca abajo. Sus piernas sobresalían hacia arriba pataleando, y sus ojos, en la parte inferior, miraban al revés.

Jeff intento quedarse serio, y lo logro durante mas o menos quince segundos. Después reventó de risa.

—No sé de que te ríes. Solo se me ocurrió enchufar el antigrav —dijo Norby ofendido.

—¿Boca abajo?

—Solo te estaba demostrando que lo podía hacer en cualquier posición. ¿Que gracia tendría un antigrav que solo funcionara boca arriba? Eso lo podría hacer cualquiera. He ganado carreras de boca abajo. Yo puedo estar boca abajo mas que

nadie.

—¿Y también sabes estar boca arriba?

—Por supuesto, pero no es igual de distinguido, y quería enseñarte la forma elegante. Hagámoslo a tu estúpida manera, ya que insistes.

Norby, haciendo un esfuerzo, por lo menos aparente, se puso del derecho. Luego descendió despacito hasta que sus pies volvieron a tocar el suelo. Se tambaleo un poco, pero dijo «¡Tachan!» y levanto una pierna, como si quisiera parecer un bailarín.

—Bien —dijo—, ¿como quieres que ande?, ¿hacia delante o hacia atrás? Se andar en todas las direcciones posibles. ¿Quieres que camine en diagonal?

—Realmente, lo que quieres decir es que no sabes hacia donde vas a ir hasta que no echas a andar, ¿no?

—¡Te has colado! —grito Norby—. Ya que eres tan listo, déjame que te diga una cosa.

—Dime.

La voz de Norby se dulcifico:

—Solo te quería decir que ya va siendo hora de que vayamos hacia tu lugar de encuentro, Jeff, antes de que salga el Sol y sea demasiado tarde.

Norby alargó la mano, Jeff la cogió, y enlazados, el robot y el chico caminaron por el sendero del bosque hacia la parte del paseo en que la vegetación crecía mas espesa. Ya clareaba lo suficiente como para que se pudieran vislumbrar las siluetas de los arboles y las piedras.

Bajaron alegremente por el sendero hasta un claro en un vallejo, por el que corría un riachuelo; el agua brotaba de un manantial que parecía nacer en una grieta de la enorme pared de roca situada al fondo. El breve despenadero que coronaba la superficie rocosa estaba protegido por un pretil. Allí, otro sendero cruzaba la roca, iba a parar a un puente diminuto y bajaba dando vueltas hasta juntarse con el otro por el que ellos iban.

Un sauce, pequeño pero airoso, se inclinaba sobre el riachuelo. En torno a sus raíces, crecían muguets; sus blancos cálices se transparentaban a la tenue luz del amanecer. La suave brisa los mecía y esparcía su delicado perfume.

—Me gusta —susurro Norby—. Es precioso.

—No sabia que los robots entendieran de belleza —dijo Jeff.

—Por supuesto. Un delicioso fluido eléctrico resulta agradable cuando estas bajo de potencia. Creía que eso lo sabia cualquiera. Además, yo no soy un robot corriente —dijo Norby.

—Ya veo. Tienes piezas extrañas, de otro robot distinto, o de un ordenador raro, o algo así.

—Eso no tiene nada que ver, Jeff. El problema que hay con vosotros, criaturas proteínicas, es que creéis haber inventado la belleza. Yo también puedo apreciarla. Puedo apreciar las mismas cosas que tú, y también puedo hacer todo lo que tú hagas. Soy fuerte y superviviente y un buen compañero de aventuras. Espera a que tengamos

aventuras y te lo demostrare. Entonces te alegraras de tenerme.

—Estoy seguro de eso, Norby; palabra de honor.

—Mac siempre deseo aventuras pero se quedo esperando, y acabo por no vivir ninguna, excepto lo de la nave alienígena. Y, al final, no paso nada.

—A ti si te paso.

—¡Tienes razón! Y eso fue lo que me transformo.

—Querrás decir que te mezclo. La verdad es que eres un robot mestizo.

—¿Por que te ríes de mi? ¿Solo para que vea que los seres humanos sois crueles?

—No soy cruel. Me alegro de que seas mestizo, de que haya en ti partes alienígenas. Eso es lo que te hace fuerte y valiente y...

En ese momento, Norby, de pie, con las piernas fuera en su longitud total, abrió mucho los ojos.

—¡Ahí va! —exclamo.

—¿Que pasa? —pregunto Jeff.

Intento soltarse de la mano de Norby, pero el robot se la apretaba hasta hacerle daño, mientras con la otra señalaba a sus espaldas. Jeff recordó que Norby tenía ojos en la parte posterior de la cabeza.

—¡Peligro! —grito Norby—. ¡Enemigos! ¡Alienígenas! ¡Muerte y destrucción!

—¿Donde? ¿Donde? ¿Que? ¿Quien?

Jeff miro aquí y allá y, finalmente, hacia arriba, justo a tiempo para ver algo que se movía cruzando el puentecito. Unas figuras avanzaban muy deprisa.

Eran tres hombres. Dos de ellos perseguían al otro.

—¡Norby! —grito Jeff—. ¡Es Fargo!

## 5. Espías y polis

—¡Vamos! —grito Jeff al tiempo que Norby le elevaba con su antigrav—. ¡Bombas fuera!

Y cayeron justo encima de la cabeza del mas fuerte de los dos agresores. Jeff estaba dispuesto a dar la batalla mas encarnizada de su vida, pero el hombre no. Se encogió contra el suelo bajo el peso de Jeff, golpeándose la cabeza contra el pavimento y perdiendo el sentido.

—¡Agarra al otro, Fargo! —vocifero Jeff, que jadeaba por haberse quedado casi sin aliento.

—No hace falta —dijo Fargo, que también jadeaba—. Ya lo ha hecho tu barril.

Allí estaba Norby, cerrado y en su sitio, junto al agresor, que parecía gemir en sueños.

—No es un barril, Fargo —dijo Jeff tratando de incorporarse—. Es...

Fargo no le hacia caso. Le brillaban los ojos por la excitación. Le gustaban las peleas y las carreras, los riesgos y el peligro, mientras que para Jeff no tenían ningún atractivo especial. No los evitaba, pero no le gustaban. De hecho, los evitaba cuando podía, mientras que Fargo hacia todo lo posible por meterse en líos. Jeff volvió a preguntarse, como tantas otras veces, si merecía la pena estar emparentado con Fargo. Aunque, a fin de cuentas, siempre decidía que si.

—¿Y ahora que pasa, Fargo? —pregunto, sintiéndose como si fuera el hermano mayor en lugar de ser el pequeño.

—Podría hacerte la misma pregunta. ¿Como has llegado hasta aquí? Hace un minuto no estabas. ¿De donde sales? ¿Del cielo? ¿Y como dejaste fuera de combate a ese matón? ¿Y que haces llevando un barril de un lado a otro?

—Todo eso no importa. ¿Quienes son estos tipos y por qué te persiguen? Creía que la administración municipal iba a acabar con los atracadores.

—No son atracadores, Jeff. Bueno, no de los corrientes. Llevan siguiéndome desde que le hable al Almirante Yobo sobre ti y, huma, sobre otras cosas. Creí que los había perdido en la estación de Luna City, pero fue una tontería por mi parte. Lo que hicieron fue adelantarse y esperarme en el apartamento. Afortunadamente tengo ese sexto sentido...

—Como yo —se oyó la voz sorda de Norby—. Yo también tengo un sexto sentido.

—¿Que? —dijo Fargo—. ¿Has dicho algo, Jeff? ¿O hay alguien mas por aquí? Miro a su alrededor.

—No importa. Continua, dime. Estabas a punto de llegar al apartamento con ese sexto sentido tuyo...

—Si. Algo me dijo que antes de entrar preguntara al terminal del ordenador que

he instalado debajo del felpudo, y me dijo que dos hombres habían forzado la puerta y estaban dentro. Le hice otras preguntas y me respondió que tú te habías marchado antes de la irrupción, por lo que supe que estabas a salvo. Bueno, lo único que me preocupaba de la casa eras tú, y no iba a caer en su trampa. Primero tenía que encontrarte. Después, juntos podríamos encargarnos de estos dos. Tal como hemos hecho, chaval. ¿No?

—No te olvides de que yo eche una mano —dijo Norby en voz alta.

—¿Que? —pregunto Fargo.

—No hagas caso —dijo Jeff—. ¿Entonces viniste al parque?

—Claro; sabía que estarías aquí celebrando el solsticio. Pero me perseguían y tenía que despistarlos. Casi lo consigo. Pero justo antes de llegar aquí, ellos ya estaban y, cuando estaba a punto de dar contigo, digamos que fuiste tu el que diste con ellos.

—Yo también —murmuro el susurro.

—Otra vez —dijo Fargo—. No estoy loco y no estoy oyendo cosas raras, y tú, Jeff, no estarías sentado ahí si no supieras quien habla. Mas vale que me lo digas.

Se acercó a Norby, todavía en el suelo, y miro al barril.

—¿Que es esto? No me digas que has traído una libación para el solsticio y que, a la postre, se te ha derramado.

—No —contesto Jeff—. Ese barril es mi robot.

—¿En serio? ¿Que clase de robot puede ser un barril?

Levanto un pie y lo empujo suavemente.

—Eso es de muy mala educación —se quejo Norby—. ¿Por que le dejas hacer esas cosas, Jeff?

El robot desplego los brazos y las piernas e hizo un esfuerzo para colocarse en posición vertical. Su sombrero se elevo y miro furioso a Fargo con dos de sus ojos:

—Estoy seguro de que si yo te diera una patada te molestaría —exclamo.

—¿Y tú que sabes? —dijo Fargo pasmado—. Eres un robot. ¿De donde lo has sacado, Jeff?

—De un almacén de robots de segunda mano. Tú me dijiste que consiguiera un robot profesor y eso es lo que es. Y, sobre todo, es mi amigo. ¿Estas bien, Norby?

—Si —respondió Norby—, y me encanta que pienses que soy tu amigo, aunque no me trates como tal. No esperaras que siga estando bien si insistes en que nos metamos en estas peligrosas situaciones con atracadores...

—¿Esto es un robot profesor? —pregunto Fargo.

—Te aseguro que si. Me esta enseñando que la vida es complicada y peligrosa —dijo Jeff—. Pero tú, en cambio, aun no me has dicho quienes son estos atracadores. ¿O no lo sabes?

—Bueno, no los conozco por su nombre, pero me imagino que son un par de secuaces de Ing.

Dio con la punta del pie al mas pequeño de ellos, que seguía gimiendo:

—No parece que les hayamos hecho mucho daño, ¿que lastima!

De repente, el mas grande lanzo un gruñido, abrió los ojos y, rodando, intento coger un palo que había en el césped.

Norby alargó un brazo hasta una distancia mucho mayor de lo que Jeff habría podido imaginar, agarró el palo y tocó con él al secuaz. Este dio un aullido y se desplomó.

Norby lanzó el palo a Jeff.

—Cógelo —grito—. Te será útil.

Fargo se adelantó, le quitó el palo a Jeff y lo examinó detenidamente.

—Anda, lo que tenemos aquí es una varita de la verdad ilegal, con un aturridor incorporado. Además de ser cara, está muy bien hecha. Y no debería disponer de ella nadie ajeno a la Flota del Espacio.

—Lo cual demuestra lo poco eficiente que es la Flota —dijo Norby—. Cualquiera puede desvalijar sus almacenes.

—No me digas que la Flota es... —Comenzó Fargo. Se detuvo y dijo—: ¿Que clase de robot tienes, Jeff? Todo robot lleva incorporada la prohibición de hacer daño a los seres humanos. Es lo que se llama la Primera Ley Robótica.

—Esa es otra muestra de gratitud, ¿ves? —dijo Norby—. Seguro que estarías encantado, si el atracador hubiera utilizado el aturridor contigo. Ni siquiera te diste cuenta de lo que era cuando estaba tirado en el césped. Pero, pensándolo bien, es probable que no consiguiera aturdirte porque, ante la falta de cerebro, no hay nada que aturdir.

—Oye —dijo Fargo—, ¿un robot no debe insultar!

Se dirigió a grandes zancadas hacia el robot, que salió galopando hacia Jeff.

—Déjale en paz, Fargo —comentó Jeff—. Realmente no hace daño a los seres humanos.

—Por supuesto que no —dijo Norby—. No es culpa mía el haber caído encima de uno. Fue Jeff quien dijo «¿Bombas fuera!». Y fue por intentar proteger a seres humanos, es decir, a ti, Fargo, si me permites que te llame así, el coger la varita de la verdad antes de que lo hiciera ese rufián. ¿Como iba yo a saber que estaba puesta en la intensidad de aturdimiento? Y no tenía la intención de tocarle accidentalmente. Oye, Jeff, no me fío del tonto de tu hermano. ¿Esta de nuestra parte?

—Que sí —dijo Jeff—. Y no es tonto.

—Bueno, se preocupa de que yo he herido a los atracadores y no le importa herir mis sentimientos; por eso le llamo tonto.

—Todavía no te conoce. Y no sabe lo sensibles que son tus sentimientos.

Fargo preguntó:

—¿Por que tu robot habla contigo, Jeff, y está de cara a mi, con los ojos cerrados?

—Tiene los ojos abiertos por este lado —dijo Jeff—. Su cabeza tiene dos caras, con un par de ojos a cada lado. Lo compré en el almacén que tú me recomendaste.

—Cuyo dueño —añadió Norby— no tiene nada de honrado... y es estúpido.



Intento engañar a Jeff.

—¿Quieres decir que el dueño te timo con ese barril, Jeff?

—No —dijo Jeff—. Yo insistí en quedarme con Norby. En cierto modo... me llamo la atención. Lo que hizo, fue tratar de evitar que me lo llevara.

—¿De veras te llamo la atención eso? ¿Este robot que me llama tonto?

—Escucha, Fargo. No le llames «eso». Su nombre es Norby y es un robot muy poco corriente. Es solo un pequeño mestizo.

—No ibas a hablar a nadie sobre mi —gimió Norby.

—Fargo no es nadie. Es mi hermano. Es parte de nosotros. Además, decir que eres mestizo no es hablar. Fargo lo descubrirá a los cinco minutos de estar contigo. Teniéndote al lado, es el secreto mas difícil de guardar del mundo.

—Ya estas otra vez hiriendo mis sentimientos —dijo Norby—. Solo porque soy un pobre robot sometido crees que puedes decir cualquier cosa de mi.

—Dejemos este idilio —dijo Fargo secamente—. Tenemos cosas mas importantes que hacer. Por ejemplo, nuestros prisioneros están a punto de despertar. Mas vale que prepares el aturdidor, Jeff.

—Tenemos que hacerles hablar, Fargo, y no lo conseguiremos si están atontados. Norby, átalos antes de que se despierten del todo.

—¿Con que? —pregunto Norby—. Puedo ser un robot raro, pero no tanto como para poder atar a alguien sin una cuerda. ¿Tengo aspecto de llevar una cuerda encima?

—Usa esto —dijo Fargo lanzando a Norby un cable—. Esta iba a ser una celebración del solsticio fuera de lo común, de acuerdo con la tradición familiar; pero, entre unas cosas y otras, no va a haber celebración.

—¿Que tiene que ver el cable con el solsticio? —pregunto Jeff.

—No importa —dijo Fargo con arrogancia—. Te sorprenderé el año próximo, siempre que —añadió con un suspiro— lleguemos al año próximo.

Mientras tanto, con una eficiencia sorprendente, Norby había atado a los perseguidores capturados sin cortar el cable, es decir, las manos a la espalda, a la vez que quedaban unidos, bien apretaditos, el uno al otro. Entonces se cerro de nuevo, adoptando el aspecto de un barril sobre el césped, junto a Jeff.

—Dame la varita —dijo Fargo.

Jeff vacilo.

—¿No crees que seria mejor que llamáramos a la Policía? Se supone que, incluso en Manhattan, los civiles no se toman la justicia por su mano.

—Eso es asunto mio —dijo Fargo—, y ya me las arreglare con la Policía si llega el caso.

Le quito la varita a su hermano pequeño, quien se la entrego visiblemente reacio, y la agito delante de los dos hombres.

—Bienvenidos al mundo, caballeros. En primer lugar, vuestros nombres.

Los dos hombres mantuvieron la boca cerrada, pero, al primer toque de varita, el

mas grande y fornido, chillo. Entonces, dijo con un gruñido:

—Yo soy Fister. Ese es Sligh.

—Ah —dijo Fargo—, ¿un espía astuto?<sup>[1]</sup>

—Se deletrea S-L-I-G-H —continuo Sligh—. Y no puedes retenernos, Wells. Cuanto mas tiempo nos quedemos, al final será peor para vosotros...

—Advertencia recibida —dijo Fargo—. Pero antes de sobrecogerme de terror y de dejaros sueltos, vamos a averiguar unas cuantas cosas —dijo ajustando la varita—. No os hará nada, so pena que mintáis. A una varita así le gusta la verdad y no olvidéis que estoy utilizando vuestra varita. Allá vosotros, si es ilegal —añadió dando con la punta un golpecito a Sligh—. En primer lugar, me gustaría saber quien y como es Ing. ¿Es, por casualidad, una hermosa mujer? Eso podría mejorar un tanto las cosas.

—No lo se —dijo Sligh, que iba, o había ido, pulcramente vestido de marrón, llevaba el pelo repeinado hacia atrás y tenía un rostro largo y anguloso.

Fargo siguió golpeando pero, al ver que ni siquiera pestañeaba, comento descontento:

—¡Que raro! Debes estar diciendo la verdad, a no ser que la varita falle. ¿Entonces, estas totalmente decidido a no mentir?

—Por supuesto —dijo Sligh. Y, nada mas decirlo, grito—: ¡Ay! —Y se sobresalto ligeramente.

—No, me parece a mi que la varita no falla, así es que mas vale que no mientas, a no ser que te guste lo que acabas de sentir. Eso va también por ti, Fister. Muy bien, Sligh, entonces, no sabes como es Ing. ¿Eso que significa? ¿Que solo le has visto disfrazado o que no le has visto jamás?

—Nunca le ha visto nadie —dijo Fister con voz ronca.

—¡Cállate! —exclamo Sligh.

—¿Cual es el objetivo final de Ing?

Hubo una pausa y el rostro de Sligh se contorsiono.

—La verdad, Zorro Sligh —dijo Fargo—. El mero hecho de intentar mentir produce dolor cuando te toca la varita.

—¿Y para que voy a mentir? —grito Sligh con un rugido—. Tú sabes lo que Ing persigue. Quiere estar al mando del Sistema Solar... por el propio bien del Sistema.

—Por supuesto, por el propio bien del Sistema —dijo Fargo—. Ni por un momento podía imaginar que piensa en su propio bien, o que tú piensas en tu propio bien. Sois todos un punado de nobles patriotas que solo pensáis en los demás. Supongo que queréis sustituir la Federación, mas o menos democrática, con un tipo de gobierno mas autocrático.

—Un gobierno mas eficiente con una jefatura mas definida. Si, será bueno tanto para Ing, como para mi, pero además será bueno para todo el mundo. Estoy diciendo la verdad; la varita no me toca.

—Eso significa que tu crees que lo que dices es verdad. Voy a darte crédito por tu capacidad de engañarte a ti mismo, pensando que eres noble. Tal vez Ing también

piense así, aunque lo dudo, y ojalá le tuviera delante de la varita. ¿Como llamareis a Ing cuando triunfe? ¿Rey Ing? ¿Reina Ing? ¿Jefe Ing? ¿Caudillo? ¿Lord? ¿Emperador?

—Lo que el prefiera.

—¿Y que planes tiene Ing para lograr todo esto? ¿Que pinto yo en ello?

Sligh se sintió violento:

—A todo el que se oponga a Ing tendremos que hacerle desaparecer o convertirlo. Tú serías ideal para convertirte.

—Esperabas lograrlo aplicando esta varita a base de bien.

—Solo para que te estuvieras quieto y colaboraras hasta que te lleváramos con nosotros. Tenemos otros métodos para la verdadera conversión.

—Sin duda, pero hay mas todavía —dijo Fargo—. No empezasteis a perseguirme hasta hace poco. Me pregunto por qué.

—No sería aconsejable para mi que te lo dijera.

—Estoy seguro de que lo crees así, lo cual no es una mentira, ¿eh? Claro, dices verdades que no revelan nada y así evitas el dolor. Por otra parte, tal vez no necesite tu revelación. Sospecho que el plan de Ing es, en primer lugar, apoderarse del Mando del Espacio. Cuando lo haya controlado, podrá maniobrar con toda facilidad para hacerse con la propia Federación. Y, no hace mucho, se le ha ocurrido que yo sería la persona ideal para filtrarme en el mando y traicionar al Almirante Yobo. Al fin y al cabo, el Almirante es amigo mio y confía en mi, y yo tengo autentica necesidad de dinero, y dicha necesidad facilitaría mi conversión. De hecho, ese es vuestro «otro método» de conversión. El simple y anticuado soborno. ¿Me equivoco?

Sligh dudo solo un momento:

—Todo lo que puedo decir es que Ing tiene mucho dinero y es generoso con aquellos a quienes considera sus amigos.

Jeff intervino de repente:

—Fargo, eso no es...

—Cállate, Jeff. Ahora, Sr. Sligh, vuelvo la varita de la verdad hacia mi. Mira, no la he cambiado de posición.

—Bueno, ¿y que?

—Voy a decirte algo y, si no es verdad, sentiré lo mismo que tu cuando pretendiste mentir. ¿Crees que podre ocultarlo? ¿Piensas que yo soy mas fuerte que tú?

—No —gruñó Sligh.

—Muy bien. Te estoy diciendo que no hay ninguna posibilidad de convertirme. Yo ya estoy fuera de la Flota, lo cual no me importa porque tengo otras cosas que hacer, pero la única ambición de mi hermano es pertenecer a la Flota y servir en el Mando del Espacio algún día. No es como yo. Aunque solo tenga catorce años y este muy alto para su edad, ya ha demostrado ser absolutamente seguro y responsable. Nada le hará ser partidario de Ing, y nada hará que yo me oponga a sus planes. Así es

que con nosotros tenéis poco que hacer.

—¿Sigue conectada la varita esa? —pregunto Sligh.

—Jeff, pregúntame algo a lo que te pueda mentir.

—¿Te interesan las mujeres, Fargo?

—En absoluto —respondió Fargo; lanzo un grito salvaje y soltó la varita—. ¿Era preciso que me sacaras una mentira tan gorda? —pregunto llevándose las manos a los costados. Le lloraban los ojos.

Cuando el dolor cedió, dijo a Sligh:

—Ahora, volvamos contigo y con Ing. Dime...

Jeff le interrumpió:

—Algo se acerca.

No muy lejos, se oía el zumbido suave de un motor antigrav y, momentos después, un coche patrulla azul y blanco sobrevolaba sus cabezas. Su reflector apuntaba hacia las zonas en semipenumbra, en las que el Sol, aun bajo el horizonte, no había penetrado todavía.

Hasta ellos llego directamente una onda sonora amplificada, cuya intensidad reunía todos los sobretonos de autoridad:

—Respondemos a una llamada general de peligro, y ha dado estas coordenadas. Que nadie se mueva. Les habla la Policía.

Inmediatamente Fargo se alejó de las dos figuras atadas, tiro la varita de la verdad y levanto los brazos. Jeff hizo lo mismo. Norby se quedo hecho un barril. Tras un momento de duda, Sligh y Fister empezaron a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¿Que demonios esta pasando ahí abajo? —dijo la voz amplificada de la policía. Una figura azul se asomo, rodeada por el ligero resplandor de un escudo personal.

—Eh, Fargo —dijo Jeff—, los escudos personales ya están por fin en el mercado. ¿Podemos agenciarnos un par de ellos?

—De eso ni hablar —dijo la policía—. Cuestan una fortuna y a los civiles no les esta permitido tenerlos.

—¿Esa es la razón por la que no lo tienes, Sligh? —pregunto Fargo—, ¿o es que Ing es tan rácano como para no comprarte uno?

—El mio no funciona —dijo Sligh—. El fabricante lo había garantizado, pero... Fargo rio.

—Sospecho que Ing fue a la sección de saldos a comprarlo.

La policía se asomo aun mas. El escudo personal resplandecía por todas partes, pero no por ello ocultaba el aturdidor, ciertamente eficaz, que blandía.

Fargo dijo:

—Si es tan caro, oficial, ¿como puede el Ayuntamiento permitirse esos lujos?

—No puede —respondió la policía—. Muy pocos de entre nosotros lo tenemos. Afortunadamente para mi, el Alcalde es mi padre. ¿Y que pasa aquí, exactamente?

—Como puede ver... —empezó Fargo.

—No me diga lo que puedo ver, porque ya veo lo que puedo ver. Veo a dos hombres indefensos atados y a otros dos de pie, junto a ellos, y con algo que se parece a una varita de la verdad ilegal, lo que, a su vez, se parece muchísimo a un atraco y, me da la sensación de que tengo el honor de estar hablando con los atracadores.

—¡Anda! —dijo Jeff—, usted no es un policía.

La policía respondió bruscamente:

—¿Desea ver mi identificación?

—Quiero decir que usted es una mujer.

Fargo dijo:

—Mas vale tarde que nunca, Jeff. Tú llegaras lejos, chaval, si, a la tierna edad de catorce años, por fin has aprendido a diferenciar los sexos.

La policía dijo:

—Un policía es un policía, independientemente de su sexo. Entonces, ¿tienen algo que decir, antes de que les arreste, dado que es perfectamente obvio que...?

—¡Eh! —dijo Jeff—. Esta equivocada. Nosotros somos las víctimas.

—¿Ah sí? Las víctimas suelen ser los que están atados.

—Tiene razón —grito Fister—. Suéltenos. Saltaron sobre nosotros cuando mi amigo y yo estábamos en el parque celebrando el ritual religioso del solsticio.

—¿Son ustedes Solaristas? —pregunto la policía.

—Recibimos una educación Solarista por parte de nuestros piadosísimos padres —dijo Sligh—. Nosotros, mi amigo y yo. Y estos dos rufianes violaron nuestros derechos religiosos al...

—Señora Poli —dijo Fargo—, le sugiero que lleve a estos dos hombres, y a mi humilde persona, a la Comisaria mas próxima para hacerles un interrogatorio. Empleando la varita de la verdad que ellos tienen, o una versión policial, si lo prefiere, pronto descubrirá que estos hombres son secuaces de Ing «el Ingrato», y que me perseguían para obligarme a que participara en sus infames propósitos. Con mucha habilidad, hice que se volvieran las tornas contra ellos y...

—De acuerdo. Deje de hablar, si es que puede. En primer lugar, desate a estos dos hombres. Cuando lo haya hecho, los subiremos uno por uno al coche patrulla y mi compañero y yo los llevaremos hasta la Comisaria. ¿Alguna objeción?

—Desde luego que no —dijo Fargo—. Jeff, desata a estos malvados, pero no te pongas entre ellos y el aturdidor de esta aturdidora mujer.

—Su estilo me resulta conocido —dijo la policía.

—Normalmente eso piensan las mujeres.

—Cosa que les parecerá desagradable, estoy segura. ¿Como se llama?

—Fargo Wells.

—¿Farley Gordon Wells, por casualidad?

—Si. Esa es la versión completa.

—¿Es usted el chico que puso disolvente textil en el aire acondicionado de la

Escuela Superior Neil Armstrong?

—El mismo. Sabía que eso nunca se olvidaría. Y, ¡por Júpiter!, tú debes ser la primera chica que lo experimento... a todo trapo. Albany Jones, ¿verdad? De no haber llevado ese uniforme, te habría reconocido enseguida, aunque ahora estarías aun mas rica.

—Nunca lo sabrás —dijo Albany Jones—. Y creo que mi padre, el Alcalde, también tiene muchos deseos de verte.

Fargo trago saliva:

—Bueno, tal vez mas tarde... cuando acabe todo esto.

Sligh, que ya se había puesto en pie y se frotaba las muñecas, dijo:

—Es un inmoral, ¿sabe? No crea nada de lo que diga.

—La varita de la verdad nos lo confirmara —dijo Jones—. Agarraos los cuatro, que vienen curvas.

—Espera —dijo Fargo—, mi hermano no. Él ha venido a celebrar el solsticio y solo tiene catorce años. Te ruego que le dejes marchar con su barril de clavos, aquel de allá. Me tienes a mi.

Jeff dijo:

—El mero hecho de tener catorce años no significa que yo...

—Calla, Jeff. Somos huérfanos, Albany. Le tuve que sacar adelante y no es fácil ser el padre único de un joven cabezota.

—Basta —dijo Jones—, o me desharé en un torrente de lagrimas. Contigo basta. Puedes marcharte.

—Vete a casa, Jeff —dijo Fargo—. Lógicamente Sligh y Fister ya no infestan el apartamento; pero, de todas formas, pregunta antes al ordenador de la puerta.

Mientras inmovirredaban e izaban a los tres hombres, Fargo, agitando la mano, grito:

—Volveré lo antes posible.

Jeff los observo hasta que se perdieron de vista. Ya se había hecho completamente de día en el parque. Recogió a Norby e intento transportarlo sobre el hombro derecho. Parecía que el barril pesaba una tonelada, como si estuviera lleno de chatarra, lo que, en cierto modo, era verdad.

—Al menos podrías poner en marcha tu antigrav —susurro al sombrero de Norby. Jeff empezó a elevarse lentamente.

—¡Solo un poco de antigrav, idiota!

Con igual lentitud, descendió hasta el suelo, sujetando lo que ya parecía un barril vacío.

Empezó a caminar en dirección a su casa con un paso enérgicamente sincopado, cuando, de repente, los ojos de Norby asomaron por debajo del sombrero:

—¿Vamos directamente a casa? ¿Ni siquiera voy a poder ver la celebración del solsticio?

—Ya no puedes. Nos la hemos perdido. El sol ya esta muy alto.

—¿No podemos imaginarnos que todavía no ha salido? ¿Quién se va a enterar?

—Nosotros. No puedes burlarte de esas cosas así... Bueno, te diré algo. Puedo hacer la Unidad, que no tiene que ser exactamente a la salida del Sol. Se hace en cada solsticio y cada equinoccio, o sea, cuatro veces al año.

—Se algo de astronomía elemental, Jeff.

Jeff se volvió al lugar exacto donde Fister y Sligh les habían interrumpido persiguiendo a Fargo. Todavía estaba entre sombras, medianamente fresco y, si el resplandor del día resultaba molesto, al menos añadía un toque de simpatía a los alrededores.

Jeff bajo a Norby y se sentó sobre el césped con las piernas cruzadas, junto al diminuto arroyo. Con las palmas hacia arriba, apoyo las manos sobre los muslos y entrecerró los ojos.

Un minuto después, Norby dijo:

—No estas haciendo nada. ¿Que sucede?

Jeff abrió los ojos, suspiro y dijo:

—No me interrumpas. Estoy meditando. Estoy intentando sentir la Unidad del universo y tienes que serenar el sistema nervioso para poder nacerlo.

—Mi sistema nervioso no necesita serenarse.

—¿Como lo sabes? Nunca has estado sereno. Si no te sientas y dejas de hacer ruidos tontos, nos vamos derechos a casa. Solo déjame entrar en armonía con la Unidad.

Norby plegó sus brazos y piernas con un chasquido de fastidio, pero dejo los ojos asomando por debajo del sombrero.

Jeff volvió a su posición. Se sentía bien, como siempre.

Al cabo de un rato, dijo suavemente:

—Yo formo parte del Universo, de su vida. Soy una criatura terrenal, de la vida que evoluciono aquí, en la Tierra. Haga lo que haga y vaya donde vaya, todo me recordara a la Tierra. Respetare toda la vida. Recordare que todos formamos parte de la Unidad.

Tras otro momento de silencio, Jeff se levanto. Se inclino para recoger a Norby, el cual desplego sus brazos y piernas y se apartó.

—¿Que pasa? —pregunto Jeff.

—¿Todo eso se me puede aplicar a mi?

—Por supuesto. Tú formas parte igual que yo del Sistema Solar, y todo lo que vive en el, al fin y al cabo, procede de la Tierra.

—¿Pero yo estoy vivo?

—Tienes conciencia, así es que debes estarlo.

Jeff empezó a sonreír, pero Norby parecía tan serio:

—Mira, Norby, aunque no estuvieras vivo en el sentido humano de la palabra, formas parte de la Unidad.

—¿Y que pasa con esa parte mas alienígena que no es del Sistema Solar?

—No importa. La Unidad incluye todas las estrellas de todas las galaxias, e incluso todo lo que no sea estrella o Galaxia. Terrales o alienígenas, todo forma parte de la Unidad. Además, te aseguro que me siento parte de ti y de Fargo, y de cualquiera que me interese. ¿Tú no te sientes parte de mí?

—Creo que sí —dijo Norby extendiendo su brazo izquierdo de forma que Jeff pudiera agarrarse a él con la mano derecha—. Tal vez los dos seamos importantes.

Norby dio saltitos, balanceándose feliz sobre sus pies delanteros y traseros durante un buen rato; después dijo:

—Jeff, es preferible que volvamos a casa andando. Dara mejor impresión que usar el antigrav. Me siento mejor. Mi aspecto es raro, pero a nadie debe importarle. Tengo conciencia y estoy vivo, y en armonía con el Universo. ¿No es así, Jeff?

—Sí, Norby.

—Y, lo que es más, el Universo está en armonía conmigo, ¿verdad, Jeff?

—Creo que encaja mejor que seas tú el que está en armonía con el Universo.

—Pienso que sería bonito considerar también los sentimientos del Universo, Jeff. Creo que al Universo le agradecería estar en armonía conmigo.

—Bueno... tal vez.

Era un día sumamente agradable. Había gente por las calles practicando «jogging» y Norby saludaba con la mano a todos los que les adelantaban, gritando:

—Estoy en armonía con vosotros. Jeff le tiro de la mano:

—No les molestes, Norby. El «jogging» requiere un gran esfuerzo.

—¿Sabes? —dijo Norby—, cuando estabas meditando, intente hacer lo mismo y creo que tuve un sueño.

—Se supone que tú no duermes. Piénsalo, no creo que los robots sepan dormir.

—Tuve que aprender cuando estaba en la caja de estasis; esto protegía mi mente. De cualquier forma, medio pensé que estaba en una tierra extraña. Tenía conciencia del parque, pero también de la tierra extraña. Tenía conciencia de ambas cosas a la vez. ¿No es eso un sueño, Jeff?

—No lo sé, Norby. Creo que no es así como sueño yo.

Norby paso por alto el comentario:

—Soné con esa tierra extraña que al parecer, nunca había visto realmente, pero no estoy seguro. ¿Cómo saber donde he estado todo yo? Quizá estaba recordando en vez de sonando.

—Si vas a esa tierra extraña, Norby, no vayas sin mí.

—No quiero ir a ninguna parte sin ti, Jeff, aunque creo que, en verdad, no se como ir a ningún sitio. Solo se como volver.

—¿Volver adonde?

—Volver aquí desde donde haya estado.

—¿Pero como vas a volver si no sabes primero como ir?

—Puedo ir. Lo único que no se es como ir.

—¿Quieres decir que cuando viajas a cualquier parte no es realmente un acto



controlado?

—Supongo que así es.

—Pues vaya problema, Norby.

—Pero siempre te llevare a casa. Al fin y al cabo, mi labor es proteger y enseñar; no puedes culparme por no ser perfecto al llevarte a los sitios. ¿Aun así te quedaras conmigo, verdad, Jeff? ¿No me venderás a otro? Intentare ser un buen robot.

—Ya sé que lo intentarás —dijo Jeff, pero se pregunto por lo bajo de que le serviría a un robot tan raro como Norby el intentarlo.

## 6. Cae Manhattan

Ya hemos llegado a la Quinta Avenida —dijo Jeff, dando la vuelta a la esquina—, y muy pronto estaremos en casa tomando un fantástico desayuno.

—Y una toma para mi enchufe —dijo Norby—. No olvides mis necesidades.

Cogidos de la mano, empezaron a caminar por la acera. Casi habían llegado a la curva, cuando Jeff exclamo en voz baja y tensa:

—¡Oh, no!

—¿Que? ¿Que? —pregunto Norby.

—¡Retrocede! —musito Jeff dándose la vuelta y caminando, de repente, a grandes zancadas.

Norby le siguió. Su cuerpo de barril producía unos ruidos siniestros y chirriantes al contacto con la acera, cuando Jeff se agarró al brazo del robot.

—¡Dale un poco a tu antigrav! —susurro.

Desaparecieron tras el matorral mas cercano.

—Me imagino que no te tomaras la molestia de explicarme lo que sucede —dijo Norby en tono ofendido—. Solo soy un robot, supongo. Crees que solo soy un trozo de acero, supongo. No tengo ningún...

Jeff recupero el aliento:

—Cállate —dijo todavía jadeante—. ¿Por que no usas los ojos en vez de esa ruidosa carraca que llamas voz? ¿No ves que la casa esta rodeada de hombres uniformados?

—¿Polis? —pregunto Norby.

—No son los uniformes de la Policía.

—¿Hombres del Departamento de Sanidad? ¿De la seguridad del parque? ¿Porteros de hotel?

—No es momento para guasas. Creo que son Inganos. Y si son lo bastante fuertes y lo bastante audaces como para llevar a cabo un ataque...

Jeff hablaba consigo mismo mas que con Norby, pero Norby le interrumpió:

—Tal vez hayan tomado la ciudad.

—No veo como pueden haberlo hecho. La isla de Manhattan es autónoma, en cierto modo, e insiste en no tener fuerza armada exterior en su termino, pero incluso así...

—Si es un ataque —dijo Norby—, corren un gran riesgo y deben andar detrás de alguien importante. Supongo que detrás de mi.

—¿De ti?

—¿De quien, si no? Esa es nuestra casa, ¿verdad?, y tú y yo vivimos ahí, y acabamos de tener una pelea con dos Inganos, y como no pueden estar persiguiéndote a ti, pues será a mi. Es de lógica. Mi lógica es buena.

—¿Por que tiene que ser a ti? ¿Por que no puede ser a mi?

Norby emitió un ruido similar a un bufido y no respondió.

—Deben haber tomado toda la ciudad —dijo—. Albany Jones se acerca.

Un coche patrulla de la Policía describía círculos en el cielo con lentitud, como si estuviera buscando a alguien. Los hombres de uniforme apostados en la entrada del edificio dispararon contra el coche sin ningún efecto.

—¿Como sabes que es el de Albany? —pregunto Jeff.

—Es su coche. Por supuesto, no se si ella va dentro, pero es su coche. Sintonizo los motores. Es muy fácil distinguir uno de otro y es una de las cosas que podría enseñarte, además de idiomas. No olvides que soy un robot profesor. Los idiomas son mi especialidad, pero estoy seguro de que podría dominar unas cuantas cosas mas.

El coche patrulla arrojó una bola de púas en medio de los hombres que había debajo. Como puede comprenderse, el resultado fue el pánico. Unos se lanzaron hacia la puerta principal y el resto hacia las dos alas del bloque. Las consecuencias de la explosión de una bola de púas solo se detectan en los alrededores y no son fatales, pero quienes las sufren sienten como si se hubieran estado revolcando con veinte erizos. Y quitarse las púas, además de ser difícil, resulta doloroso.

El trafico se desvió rápidamente en cuanto los conductores se percataron de que había lucha.

—¿Por que no haces señales al coche patrulla? —dijo Norby—. Tiene que saber donde estamos.

—Ya estaba en ello —dijo Jeff gesticulando enérgicamente detrás del matorral. El coche patrulla fue descendiendo lentamente y arrojó algo. Jeff intento cogerlo, calculo mal y el objeto lanzado le golpeo el hombro derecho.

—¡Uy! —rugió—. Desde que te conozco, Norby, o me cae algo encima, o yo me caigo encima de algo. Estoy lleno de cardenales por todas partes. ¿Por que no lo cogiste tu? A ti no pueden herirte.

—Pero pueden herir mis sentimientos. Y contigo dando bandazos alrededor para poder cogerlo, ¿que iba a hacer? Casi me pisas.

Jeff seguía frotándose el hombro:

—¿Que es esto?

—Es el mismo sistema de cinturón que Albany llevaba en Central Park; un escudo personal. Si lo utilizas, los Inganos no podrán tocarte.

—Pero ¿como? No se como funciona.

—Para eso me tienes a mi. Yo se como funciona. Ya he descifrado su sencillo mecanismo. Póntelo, después gira este interruptor cuando necesites protección. Aquí van los brazos. No, no, la parte metálica delante. ¿Lo ves?

—Esta parte metálica —gruñó Jeff— es lo que me hizo daño en el hombro. ¿Ahora esta bien?

—Si —dijo Norby—, aunque, en realidad, yo soy una protección total para ti en cualquier momento.

—No siempre hay peligro.

Jeff giro el interruptor del cinturón y al instante sintió una ligera radiación que le envolvía. La calle, el cielo y los edificios adquirieron un suave tinte amarillo, que daba a todo un aspecto brillante y animado.

Sin embargo, Norby no parecía alegre.

—¡Jeff! No puedo comunicarme contigo.

—Por supuesto que puedes, Norby. Te oigo perfectamente.

—No quiero decir eso. Quiero decir que estoy fuera del campo.

Jeff desconecto el campo, cogió a Norby y lo conecto de nuevo. El escudo personal los envolvió a ambos.

—¿Que diferencia hay? —pregunto Jeff—. A ti no te pueden herir y, si puedes protegerme, seguramente también podrás protegerte a ti mismo.

—Me siento solo —dijo Norby.

El coche patrulla había descendido casi a ras del suelo. Albany se asomo y grito:

—¡Entrad! ¡Rápido! Vienen esos Ingratos con un lanzarrafas de tamaño natural.

Jeff intento trepar a bordo con Norby desesperadamente colgado de él. Norby activo su antigrav con tanta fuerza que Jeff se encontró boca abajo. Albany tiro de el hacia dentro.

—¡Dios mio! —dijo—, el barril y tú no pesáis nada. ¿Es que no tenéis tripas?

Jeff oyó tras de si gritos y unos pasos retumbantes; luego, el ruido de una desagradable explosión justamente cuando el coche se elevaba en vertical. Vibro por las turbulencias del aire, pero no le afectaron.

—Los Inganos se han apoderado de la Comisaria —dijo Albany—. Llegaron justo detrás de mi. Es posible que hayan tomado todas las Comisarias de Manhattan —se mordió los labios y meneo la cabeza—. Me temo que hemos infravalorado a los Ingratos. Siempre habían parecido un problema sin importancia, un punado de terroristas ineptos, pero ahora esta claro que eso no era mas que una pantalla. Han llegado a tener una fuerza formidable y están listos para apoderarse del Sistema.

—¿Como escapo usted? —pregunto Jeff angustiado.

—Gracias a mi escudo personal, por supuesto. Tengo que decir a mi padre que haga algo para que el Ayuntamiento dote a todos los polis de escudos, aunque me imagino que ahora ya es tarde, por lo menos en Manhattan. Es el Mando del Espacio el que...

—¿Y Fargo? —pregunto Jeff con angustia.

Albany trago saliva. Sus cejas se arquearon en señal de disgusto sobre sus grandes ojos.

—La verdad es que no sé. Lo atraparon cuando salía del transmisor de la Policía; yo escape con tantas prisas que no tuve ocasión de ver lo que era de él. Me había dado su dirección camino de la Comisaria —dijo. Parecía sentirse culpable—. Siempre tomamos nota de los nombres y direcciones de los detenidos —añadió—. Pura rutina.

—Si, si —dijo Jeff, que quería ir al grano—. ¿Que le paso a Fargo?

—Me encamine hacia su apartamento, por si había logrado escapar y estaba allí. No tenía ni idea a que otro sitio podría ir. Cuando vi la casa vigilada por los Ingratos, pensé que tal vez lo habían atrapado por los alrededores. Entonces, fue cuando te encontré a ti —dijo con un cierto deje de disgusto.

Jeff lo paso por alto.

—Entonces, ¿no sabe donde esta Fargo?

—No. Lo siento. Lo que tenemos que hacer es buscar un transmisor en Manhattan que todavía no este en poder de los Ingratos. Debemos notificar al Mando del Espacio, o los Ingratos podrán apoderarse totalmente de la Tierra. No atacarían Manhattan, si no se hubieran apoderado antes de toda la red de comunicaciones clave. Eso es lo que me preocupa.

Hizo una pausa y miro a Jeff solemnemente:

—Si no podemos notificárselo al Mando del Espacio...

—Déjeme bajar, Srta. Jones —pidió Jeff—. ¡Tengo que encontrar a Fargo!

—No puedo hacerlo. Te cogerían al momento. Y no hay necesidad de preocuparse por Fargo. Tu hermano es muy atractivo... Lo que quiero decir es que es muy inteligente y estoy segura de que puede cuidar de si mismo, y nosotros tenemos preocupaciones mayores. El propio Mando de Espacio puede estar infestado de Inganos.

—Fargo mantuvo una conversación privada sobre algo con el Almirante Yobo —dijo Jeff—. Ese puede ser el problema que les afecta y tal vez a eso se deba el que Fister y Sligh le persiguieran. No querían convertirle, lo que querían era acabar con el. Srta. Jones, por favor, déjeme buscarle. Ellos le mataran.

—Si puedo hacer una sugerencia —dijo Norby.

Albany pego un salto al oír su voz y el coche patrulla sufrió una sacudida cuando, por descuido, tiro de los controles.

—Eso no es un barril —dijo—. Es un robot. No dejes que ese tonto se meta en esto.

—¡Ese tonto! —grito Norby—. La tonta es usted, o no estaría tan ocupada hablando y sin ver el peligro que tenemos justo encima. Se acercan unos coches con escudos protectores, que probablemente son de ese Ing que tanto le preocupa. Si yo fuera usted, me iría rápidamente a otro sitio; pero, por supuesto, no soy mas que una cosa tonta y no tiene por que hacerme caso.

—¿Coches de Ing?

Albany miro horrorizada a su alrededor. Evidentemente, el problema era mucho mayor de lo que Norby creía. Estaban rodeados.

Albany apretó la boca.

—Ing debe haber estado planeando esto durante mucho tiempo. Se esta apoderando de Manhattan como si nosotros fuéramos una presa fácil y él el lobo. Bueno, tenemos escudos. ¿Podremos resistir?

—¿Con que? —dijo Jeff.

—Tengo una escopeta aturdidora de largo alcance y un lanzarrafas manual.

—¿Y funcionarán contra coches escudados?

—No —admitió Albany.

—¿Este coche está escudado?

—¿Estás de broma? ¿Con la situación fiscal de Manhattan? No, solo contamos con nuestros escudos personales, cortesía de papa.

—Entonces destruirán nuestro coche-patrulla en quince segundos y caeremos desde una altura de —Jeff miro hacia abajo para hacer un cálculo rápido— unos treinta pisos, mas o menos.

—Mas vale que os rindáis, entonces —dijo Norby—. Eso nos dará tiempo y ya se me ocurrirá algo para salir del paso. Soy terriblemente ingenioso.

—¿Es la rendición una muestra de tu ingenio? —pregunto Albany—. Cualquiera puede rendirse...

—Es la única solución que nos queda —dijo Jeff—, y puede ser la única manera de encontrar a Fargo. Mas vale que lo hagamos enseguida. Uno de los coches de Ing parece como si llevara un lanzarrafas para disparar sobre nosotros.

Desconecto su escudo y entrego el dispositivo a Norby.

—¿Puedes esconder esto en tú, mmm, interior?

—Creo que si —dijo Norby—, pero me sentiré como si tuviera una indigestión. ¿Por que no lo tragas tú? Tú también tienes un hueco dentro.

—Muy gracioso. Toma el de la Srta. Jones.

Con cuidado, y acompañando su acción con sonidos indicativos de su descontento, Norby se guardo los dos dispositivos de protección en su interior, mientras Albany hacia la maniobra de aterrizaje. Por supuesto, les seguían y, cuando los Ingratos salieron de sus coches, Albany y Jeff se rindieron.

Al entregarse, dieron muestras manifiestas de desprecio y superioridad. Por lo menos lo intentaron, cosa que a Jeff le resulto particularmente difícil, dado que llevaba a Norby bajo el brazo. Norby no se molesto en parecer despreciativo o superior. Se concentro simplemente en el hecho de parecer un barril.

El Recinto de la Estación de Central Park se hallaba en un viejo edificio de ladrillo, aureolado por siglos de uso y alguna que otra reparación descuidada.

Sligh y Fister empujaron a Albany y a Jeff hacia el transmisor de la estación. A pesar de la escasez crónica de fondos municipales y de los improbables esfuerzos por parte de todos los ediles, parecía ser que no había forma de economizar en dichos transmisores, simplemente porque todas las Comisarias debían contar con uno, por si era necesario emprender un viaje a través del espacio.

Jeff sujetaba a Norby. Sligh frunció el ceno.

—No vas a ir arrastrando el barril a todas partes, Wells —gruñó—, ya me ha hecho un chichón una vez y no vas a utilizarlo de nuevo como arma. Dámelo que lo reduciré a chatarra, o lo utilizaremos como lastre; o tal vez lo rompamos con una

almádena.

Jeff abrazó fuertemente a Norby.

—Necesito este barril —dijo—. Es un dispositivo que me hace falta para... mi salud.

—¿Me vas a decir que guardas un filtro renal en ese viejo barril?

—No quería decírtelo.

—¿Y yo me voy a creer que sin él te morirás?

—Yo esto... —Jeff odiaba mentir, pero parecía que Sligh iba a cargárselo.

—No vas a tomarme el pelo, niño estúpido —dijo Sligh—. Se te ve demasiado desarrollado y saludable como para necesitar una máquina para la salud. Apuesto a que contiene el dinero de Wells, tal vez oro. ¡Dámelo!

Norby susurro:

—No te quedes ahí parado, Jeff. Retrocede hasta el transmisor.

Jeff vaciló preguntándose lo que Norby estaría fraguando y, de repente, sintió un pellizco.

—¡Date prisa!

Albany ya estaba en el transmisor. Fister y Sligh, frente a este se encontraban a ambos lados de Jeff, que le daba la espalda. El pellizco le obligó a dar un salto hacia atrás y, al hacerlo, los brazos de Norby se desplegaron al máximo, empujando a Fister y Sligh en la dirección contraria, dejándoles fuera del transmisor.

Con una reacción inmediata, Albany cerro la puerta de golpe.

—¿Y ahora que? El mecanismo funciona desde el exterior.

—Puede —dijo Norby apoyándose en la puerta—, pero me las estoy arreglando para ponerlo en funcionamiento a través del metal; ¿no os dije que soy muy ingenioso?

—Van a forzar la entrada... —empezó a decir Albany.

—Ya casi he terminado —dijo Norby.

—Pero tenemos que ir adonde hayan llevado a Fargo —comento Jeff.

—Percibo su presencia —dijo Norby—, y estoy ajustando los controles para que podamos ir allí directamente. Eso espero.

Jeff sintió una sensación de mareo en la boca del estómago y perdió el conocimiento. Al volver en sí, vio que estaban en otro transmisor. Se levantó y ayudó a Albany, que se sacudió el vestido, con grandes muestras de fastidio.

—No es que lo hayas hecho con excesiva suavidad, Norby —dijo Jeff.

—Bueno —dijo Albany—, no creo que podamos echarle la culpa a tu robot. El transmisor es viejo y no funciona bien. Me parece que los transmisores de la ciudad llevan cinco años sin repararse.

—Norby, ¿vas a poder abrir las puertas? —pregunto Jeff.

—Un minuto, un minuto. Y, al otro lado, encontraremos a tu hermano.

Se abrieron las puertas y entraron en una inmensa sala gris. Sobre sus cabezas había una sección de cúpula de *glasita* y por encima se extendía una bruma espesa y

oscura.

—O tal vez no —dijo Norby con un hilo de voz.

—¡Estaremos, por Júpiter...! —dijo Albany.

—No creo que estemos en ningún lugar de Júpiter —dijo Jeff—. ¡Norby! ¿Dónde estamos?

—¿Hay en la Tierra alguna ciudad que se llame Titán? —pregunto Norby.

—¿Una ciudad que se llame como?

Norby señaló un armario situado en un lateral, con una inscripción en gótico antiguo, que resultaba difícil de leer.

Jeff pregunto desconcertado:

—¿Que pone?

—Esta en alemán colonial. Ese es otro idioma que puedo enseñarte. Vendría bien en cualquier lugar mas allá de los asteroides.

—¿Mas allá de los asteroides? —dijo Jeff gritando—. ¿Que pone? Me da igual que sea sanscrito. ¿Que pone?

—Pone «Propiedad del Puesto Fronterizo de Titán». Me imagino que Titán es una ciudad del sector alemán de la Región Europea y puedo haber cometido un pequeño error de calculo.

—Titán —dijo Jeff con tono exasperado—, es un satélite de Saturno y has cometido un enorme error de calculo.

—¿Estas seguro? —pregunto Norby—. Eso le puede pasar a cualquiera.

—Por supuesto que estoy seguro. ¿Dónde demonios estaremos bajo una cúpula? Mira allá arriba. Por si no lo sabes, Titán tiene una atmosfera densa, compuesta en su mayor parte por nitrógeno, a una temperatura próxima a su punto de licuefacción. Podrías habernos dejado fuera de la cúpula y entonces la Sra. Jones y yo habríamos muerto de una muerte horrible.

—¿Como iba a dejaros fuera de la cúpula? —grito Norby—. Percibí seres humanos y creí que era Fargo. No hay seres humanos fuera de la cúpula de Titán, por lo que no os hubiera llevado allí. Hay seres humanos dentro de la cúpula y yo no tengo la culpa de que uno de ellos no sea Fargo.

Volvió a manejar los controles del transmisor. Jeff perdió de nuevo el conocimiento.

—¡Ya estamos! —dijo Albany—. ¿El Mando del Espacio? ¡Gracias a Dios! Estamos a salvo, Norby, mereces una medalla.

—No —dijo Jeff enfadado—, merece que le disparen en el trasero del barril con un lanzarrafagas. Esos no son los uniformes del Mando del Espacio.

—¿Estas seguro? —pregunto Albany.

—Bueno, mírelos otra vez.

Se acercaron dos hombres con actitud agresiva.

—¡Abajo los enemigos de Ing «el Incomparable»! —Gritaron mientras se abalanzaban sobre ellos.



—Oh, no —dijo Albany—. Incluso han llegado hasta aquí.

Uno de ellos se lanzó contra Albany, pero salió volando por encima de su hombro como si hubiera dado un traspié.

Se la veía encantada:

—¿Has visto eso? —pregunto—. Funciona. Me enseñaron judo y técnicas de lucha en el periodo de formación, pero nunca pensé que realmente... off...

El segundo hombre había llegado hasta donde estaba y le puso un brazo alrededor del cuello.

Jeff se precipitó hacia ella. Con voz estrangulada, Albany dijo:

—No, déjame con este y ve por el otro.

El primero se tambaleaba. Jeff retrocedió esperando a que se levantara, pero Norby le dio una patada en el trasero y este cayó de bruces. Entonces Norby se elevó, desconectó su antigrav y se desplomó encima del Ingrato, dejándole sin respiración.

Mientras tanto, Albany iba de un lado a otro con el segundo Ingrato, que estaba intentando sujetar su presa. En una sucesión muy rápida, Albany le clavó un soberano codazo en el plexo solar y le aplastó los dedos de los pies ferozmente con su pesada bota de policía, mientras le aplastaba la nariz con la nuca. El otro dio un chillido y la soltó. Albany le retorció la muñeca, giro sobre sus talones y le dobló el brazo. En el momento en que caía hacia delante, se lo apoyó en la cadera, dio una vuelta rápida y lo lanzó por los aires. Al aterrizar, quedó rugiendo en el suelo con el hombro lastimado.

—Vamos al transmisor antes de que vengan más —dijo Albany.

En cuanto entraron al transmisor, una vez a salvo y con la puerta cerrada, Norby sacó del barril una cinta metálica fina y delgada, que extendió en sentido horizontal. Presionó la cinta contra la pared.

—Ah —dijo—, tenía que haberlo hecho la primera vez. Intensifica en gran manera mi sensibilidad y mis poderes de concentración. Sin embargo, me agoto y nunca se cuando voy a tomar mi próximo bocado de electricidad. Si es que lo hago.

—¿Has captado a Fargo esta vez? —pregunto Jeff angustiado.

—Sí. Es definitivo. No hay error.

Jeff sintió de nuevo la sensación de mareo, pero esta vez se las arregló para permanecer consciente.

—Este transmisor está en mejores condiciones —dijo Norby—, y creo que ahora encontraremos a Fargo.

Se abrieron las puertas y Norby dijo:

—De hecho, estoy seguro de que encontraremos a Fargo porque, ¡ahí está!

Jeff vio una sala enorme adornada con banderas, alrededor de la cual, se alineaban hombres armados. En el centro había una plataforma, y sobre ella se elevaba algo que solo podía ser un trono. Fargo estaba sentado al borde de la plataforma con los brazos cruzados sobre el pecho, y alguien, alguien recubierto totalmente con un traje metálico que por su aspecto se parecía al de un robot, se

sentaba en el trono.

—Tenemos compañía —dijo Fargo—. La hermosa Albany Jones, mi despabilado hermano y su gracioso barril. ¿Como me habéis encontrado? ¿Y por que no habéis venido acompañados de un Ejercito?

—¡Silencio! —bramo la figura del trono con una voz tan metálica y chirriante como la de una maquina estropeada.

—¡Habla Ing! —dijo Fargo sarcásticamente—. Todos deben callar mientras doy la bienvenida a los recién llegados a esta corte de Ing «el Inocente». Observad su voz distorsionada, carente de eufonía hasta cuando no esta distorsionada. Observad el airoso aluminio de su traje, diseñado para cubrir un cuerpo sin ningún atractivo, y la mascara facial, que sirve para ahorrarle a su auditorio la visión de su rostro deformado, o sus sentimientos vergonzosos, y su...

El hombre del trono hizo un gesto y un guardia avanzo hasta Fargo y levanto su arma en actitud amenazadora.

—Puesto que Ing tiene miedo de las palabras, pero es lo bastante valiente como para atacar a un enemigo cuando sus posibilidades son de uno contra cien, me callare —dijo Fargo.

Albany y Jeff avanzaron hasta Fargo; Jeff acarreaba a Norby que, por supuesto, permanecía herméticamente cerrado.

La voz de Ing sonó de nuevo, discordante y repulsiva.

—Aquí tenemos a dos hermanos que, entre ambos, poseen grandes conocimientos sobre la Academia Espacial y la Flota. ¡Y lo que ellos saben lo sabré yo!

Su voz adquirió un tono de desprecio.

—Además —chirrió—, tenemos a una dama policía, con un padre rico que me ayudara a apoderarme de la Tierra, si es que quiere que le devuelva a su hijita tal y como esta ahora. Y veo algo que parece un barril. Dámelo, Jeff Wells.

Jeff apretó mas a Norby y no dijo una palabra.

—De nada te servirá agarrarlo —dijo Ing—. Me han dicho que es un curioso barril con brazos, cuando quiere sacarlos. Y también con piernas. Es algo que me gustaría examinar. Entrégamelo, chico, o tendré que quitártelo por la fuerza.

Norby susurro:

—Acércate mas a la Srta. Jones.

Jeff, con mucha cautela, se acercó hasta tocar con su hombro el hombro de Albany.

—Ahora acercaos a Fargo —musito Norby—, tenemos que estar todos en contacto.

—Yo tocare a Fargo —susurro Albany—. Pero ¿por qué?

—Tengo una idea ingeniosa —dijo Norby con voz normal.

—¡Habla! —dijo Ing—. Es un robot y lo quiero. Yo soy aquí el emperador y debéis obedecerme.

—La historia de los emperadores de la Tierra ha sido triste —dijo Fargo (Albany

estaba apoyada en el hombro de Fargo y Jeff en el de Albany)—. Permíteme que te hable de Napoleón Bon...

—¡Cállate! —rugió Ing—. ¡Sargento! Tráeme ese robot. ¡Mata a la mujer si alguno de ellos se resiste!

De repente, Norby grito:

—¡Los escudos personales!

Lanzo uno a Albany y otro a Fargo. Entonces se agarró firmemente a Jeff y emitió un extraño sonido.

## 7. Hiperespacio

—¡Colas de cometas! —dijo Norby.

—¿Dónde estamos? —pregunto Jeff observando el extraño castillo que se levantaba frente a ellos sobre una colina. Sus laderas estaban recubiertas de jardines escalonados y su cumbre coronada por un elegante castillo de mármol en miniatura...

—Lo que hice —dijo Norby apresuradamente—, fue trasladar a Fargo y a Albany fuera del edificio. Eso les daría una gran ventaja. Con sus escudos personales y los conocimientos de yudo de Albany y el rápido ingenio de Fargo, siempre me estas hablando de lo brillante que es, podían preparar un contraataque...

—Si, si —dijo Jeff impaciente—, pero ¿dónde estamos?

—Bueno —dijo Norby girando el sombrero para echar un vistazo alrededor—, lo que intentaba hacer era ir al Mando del Espacio. Memorice las coordenadas que me dio Mac hace mucho tiempo, pero quizá no fueran correctas.

—Si, si —dijo Jeff aun mas impaciente—. ¿Dónde estamos?

—Bueno —dijo Norby—, ese pequeño detalle lo desconozco.

—¡No lo sabes!

Jeff miraba desesperado a su alrededor. La vista era maravillosa. El sol, brillante y cálido. Un murmullo tranquilizador se extendía por doquier; pero ¿dónde estaban, en la Tierra o fuera de la Tierra?

—¿No puedes hacer nada a derechas, Norby? Eres un pobre simulacro de robot.

—Lo intento. No siempre es fácil.

Entonces, Norby dijo con un hilo de voz:

—Quería que fueras mi dueño. Ahora veo que fue un gran error. Andáis todos revueltos por un robot que es tan raro como yo. Intentare llevarte a casa, Jeff, y yo me quedare aquí, y así te libraras de mi. Lo siento.

—No —dijo Jeff—, no quiero librarme de ti nunca jamás. No me importa lo raro que seas; yo lo seré contigo.

Intento coger a Norby.

—Ojalá no estuvieses tan duro —dijo—, es difícil abrazarte.

—No importa —dijo Norby—. Abrázame de todas formas. Estoy tan contento de que quieras quedarte conmigo.

—Sin embargo —dijo Jeff—, ¡ojalá supiéramos dónde estamos!

En ese momento, algo salió del pequeño castillo. Tenía un aspecto claramente dinosaurico, excepto en el tamaño.

—¿Un alosaurio en miniatura? —dijo Jeff sin ninguna seguridad. Retrocedió.

La criatura le llegaba a las rodillas; ni siquiera media lo que Norby. Llevaba puesto lo que parecía ser un collar de oro y, al menear la cola, emitía una serie de sonidos variados.

—¿Habla o solo hace ruidos? —pregunto Jeff, sintiendo la extrema urgencia de acariciar la cabeza del reptil.

—¿No le entiendes? —respondió Norby—. Siempre se me olvida que no eres lingüista. Eso, o mejor dicho, esa, dice que eres lindo.

—Yo también creo que es linda; pero ¿que hace un dinosaurio en miniatura en cualquier lugar de la Tierra? ¿Y como es que habla?

—No creo que esto sea la Tierra —dijo Norby.

—Pero entiendes su lengua. ¿No significa eso que deberías saber donde estamos?

—A decir verdad, Jeff, no se como he conseguido entender su lengua. No sabia que estaba en mis bancos de memoria hasta que la he oído. Y no recuerdo haber estado aquí nunca... a menos que... a menos que este sea el sitio con el que soñé.

—Pero ¿que hiciste para llegar aquí?

Jeff apenas se dio cuenta que el dinosaurio se acurrucaba junto a su mano. Inconscientemente, empezó a acariciarle la cabeza.

—Solo traspasamos el hiperespacio. Ese es el motivo por el cual es tan difícil volver. Siempre puedo hacer que vuelvas por el espacio normal, pero...

—¿Atravesaste el hiperespacio sin transmisor? —pregunto Jeff casi en un grito.

Norby dio un paso atrás.

—¿Es ilegal?

—Es imposible. Nadie puede hacerlo.

—Yo lo hice.

—Pero eso es un autentico viaje hiperespacial. ¿Como supiste hacerlo?

—Creí que todo el mundo sabia.

—Bueno, entonces, ¿como lo has hecho?

Norby estuvo un rato pensando. Después, dijo:

—Se como hacerlo, pero no se como hacerlo.

—Eso no tiene sentido.

Jeff estaba sentado sobre el césped, y la criatura tenía las garras apoyadas en su regazo y la cabeza en su hombro. El sonido que emitía era algo así como «Ronr, ronr, ronr». Jeff pasaba la mano por su largo cuello, cubierto de púas puntiagudas hasta la punta de la cola.

—¿Tú sabes levantar el brazo? —pregunto Norby.

—Por supuesto.

—¿Como sabes levantarlo? ¿Puedes explicar exactamente lo que hace que levantes el brazo? ¿Que pasa dentro de tu brazo para que se levante?

—Simplemente decido que el brazo se levante y se levanta.

—Bueno, pues yo simplemente decido dar un salto a través del hiperespacio y lo doy. Puedo ir a cualquier lugar en un momento. Pero no se como lo hago.

—Pero, Norby, eso te convierte en la criatura mas valiosa del Sistema Solar...

—Oh, ya lo sé.

—Quiero decir que realmente lo eres. Nadie sabe como atravesar el hiperespacio

sin transmisores. Sería el mayor descubrimiento de la época si algún ser humano pudiera hacerlo.

Jeff empezó a acariciar al dinosaurio cada vez más deprisa.

—Mi ambición era descubrirlo por mi mismo, por eso deseaba ir a la Academia y aprender todo lo posible sobre teoría hiperespacial. Mi sueño es inventar algún día el hiperviaje. Ahora, teniéndote a ti para ayudarme...

—He dicho que solo se como se hace, nada más. ¿Es por eso por lo que quieres estar conmigo, Jeff? ¿Porque se como hacer un hiperviaje?

—No. Te dije que me sentía feliz de estar contigo antes de que me explicaras nada. Pero ahora me siento doblemente feliz.

Jeff apretaba contra el a la criatura, sin percatarse todavía de ello.

—Bueno, pues si llegaste hasta aquí, ¿dónde estamos?

—Esa es otra, Jeff. Se como hacerlo, pero sospecho que no se apuntar bien. Mi intención era ir al Mando del Espacio y calcule mal. No se donde estamos y, sin embargo, conozco la lengua de esa criatura.

Jeff miró al dinosaurio y repentinamente se dio cuenta de que le estaba lamiendo suavemente la oreja izquierda con su lengua seca y caliente. Se echó hacia atrás y ella cayó de su regazo. Se puso en pie y desplegó las crestas correosas que se levantaban a ambos lados de las púas.

—¡Alas! —dijo, Jeff con voz ahogada—. ¡Tiene alas! ¡Es una pterodáctila o algo así!

—¡Que bobada! —dijo Norby—. Cualquier tonto puede ver que es una dragona.

—Los dragones son animales míticos.

—Aquí no.

—¿Como puedes estar tan seguro? Ni siquiera sabes donde es «aquí».

—Creo que una parte de mi lo sabe, pero no puedo sintonizar con ella. Lo siento, Jeff. Soy tan raro que creo que debería ser destruido.

—No antes de volver a casa. Y aun entonces, no quiero que nadie te destruya. Pero haz algo por volver, Norby. Es importante.

—No te enfades, Jeff, pero estoy hecho un lío pensando como. Puedo haberme trasladado lejos del Sistema Solar Terral. ¡Si tan solo pudiera recordar donde estaba esto! Por lo que parece, una parte de mi ha estado aquí antes, ¿o por qué sonaría con ello?

—¿Sabes?... Apostaría que son los mecanismos alienígenos que Mc Gillicuddy empleo en ti. La cosa alienígena, fuera lo que fuese, estuvo aquí una vez, fuera cuando fuese, y regresas a este lugar sin pensarlo más.

—En ese caso... ¡Eh!

El dragoncito echó repentinamente a correr hacia el pequeño castillo y empujó a Norby al pasar, dejándole tirado en el suelo.

Jeff ayudó a Norby a levantarse.

—Los dragoncitos nunca han tenido buenos modales —dijo Norby—. Recuerdo

cuando, una vez...

Hizo una pausa. Entonces, con voz descorazonada dijo:

—No, no recuerdo. Por un instante estuve seguro de que me había acordado de recordar dragones, pero no.

—Me estas haciendo otra vez un lío.

—No lo puedo remediar. Tal vez permanezcamos aquí demasiado tiempo como para poder ayudar a Fargo y Albany a derrotar a Ing.

—Tengo hambre, Norby. Quizá podamos encontrar algún bicho viviente para comer. ¿Pero, y tú? Aquí nunca podrás encontrar una toma para enchufarte. Morirás de inanición. Tal vez eso te inspire y te haga recordar la forma de volver.

—En realidad, yo no me puedo morir de inanición. Los enchufes son para mí como aperitivos entre comidas. La verdad es que me meto en el hiperespacio, y lo puedo hacer en cualquier lugar y en cualquier momento. En el hiperespacio la energía es ilimitada. Deberías probarlo.

—Lo haría si pudiera —dijo Jeff—. ¿Como es el hiperespacio?

—No es nada.

—Eso me sirve de mucho.

—Lo digo en serio. El hiperespacio es la nada. No es espacio ni tiempo, por lo que no tiene ni arriba, ni abajo, ni cuando, ni donde. Cuando estoy en él siento... bueno, en cierto modo... creo que es algo que no está en realidad allí, pero que potencialmente está allí, porque es lo que es el Universo real, ese algo que en cierto modo está potencialmente allí en el hiperespacio...

—¡Norby!

—Bueno, no he dicho que pudiera explicarlo. No puedo. Todo lo que se es que el hiperespacio es, sin duda alguna, potencial, quiero decir, es potencialmente algo, como si tuviera una energía de reserva que se utilizara para crear un Universo que, por supuesto, es en realidad parte de sí mismo...

—Otra vez me lías. ¿Como se crea un Universo?

—Creo que un lugar del hiperespacio alcanza de repente un donde y un cuando. Como se hace o como sucede, es algo que ni siquiera está a mi alcance, así que, por supuesto, no está al alcance de nadie dentro del Sistema Solar y, aunque pudiera explicártelo, no podrías entenderlo.

—Gracias por la alta estima que tienes de mi inteligencia. Lo único que realmente quiero saber es si puedes calcular como volver a nuestro Sistema Solar.

—Claro. Solo tengo que sintonizar la forma en el hiperespacio y averiguar adonde ir.

—Entonces, más vale que lo hagas enseguida. Viene un dragón mayor.

—Tal vez —dijo Norby acercándose más a Jeff—, la madre de la pequeña quiere darnos las gracias por haber sido amables con su cría.

—No cuentes con eso —dijo Jeff agarrando rápidamente a Norby.

De nada serbia correr. La dragona, además de unas patas largas y fuertes, tenía

alas. Le llegaba a Jeff a la barbilla, pero tenía arriba y abajo una doble hilera de dientes relucientes y puntiagudos.

Emitió el mismo tipo de sonidos que la dragoncita, solo que en un tono mucho mas alto.

—¿Que dice? —musito Jeff.

—Dice que somos alienígenas y que, a lo mejor, nos tendrán que llevar ante su Gran Dragonea, so pena que nos pueda enseñar a hablar.

—Bueno, ¿a que esperas, Norby? Dile que tú sabes hablar.

Norby emitió una rápida sucesión de sonidos y el dragón respondió con sonidos similares.

—Jeff —chillo Norby—, vámonos ahora mismo.

Este estúpido reptil me ha insultado y ofendido...

—¿Que ha dicho?

—Ha dicho que yo no era mas que un barril y que olía a clavos.

—Creo que tiene razón. De hecho, el barril en otros tiempos...

—No acabes la frase. Nos vamos.

—No. Si salimos precipitadamente, estaremos doblemente perdidos. Escuchemos lo que tenga que decirnos.

Pero no dijo nada mas. En vez de hablar, se abalanzo sobre ellos, arranco a Norby de los brazos de Jeff y mordió a este en el cuello. Se paso la lengua por los morros y arrugo el hocico, como si hubiera probado algo desagradable. Luego dejo a Norby cuidadosamente en el suelo y volvió al castillo.

—¡Socorro, Norby! El dragón me ha mordido. ¿Probablemente esta rabioso? ¡Me ha mordido un vampiro dragón rabioso!

—No es un mordisco profundo —dijo Norby examinando el cuello de Jeff—. No es mas que un arañazo. Apenas lo suficiente como para chuparte la sangre. Me da la impresión de que tenía algún motivo para hacerlo.

—Y a mi me da la impresión de que me ha herido. Y el motivo es que quería probarme. A la próxima, me comerá. ¿Quieres que le sirva de alimento a un dragón? Piensa, estúpido barril. Vamos a casa. ¡A cualquier parte! No me importa que nos perdamos mas y mas aun.

*¡Querido señor! No es necesario que te pongas nervioso. Quiquiera que seas, debe haber comunicación para que exista un encuentro mental.*

Jeff se quedo boquiabierto. Trago ruidosamente.

—Norby, ¡acabo de oír una voz... en mi mente!

*Para comunicarme contigo, he tenido que probarte puesto que tú no entiendes mis palabras.*

—¡Te digo que alguien esta hablando, Norby!

—Es esa madre dragón abominablemente grosera, Jeff. No te dignes responder.

*Espera hasta que nos desinfectemos mi hija y yo, porque te hemos tocado y, como eres alienígena, es probable que estés lleno de gérmenes.*



—No estoy lleno de gérmenes —aulló Jeff—. Tu si que lo estas. Estoy seguro de que me dará el tétanos por haberme mordido. Con todos esos dientes, nunca abras usado dentífrico.

*¡Un caballero no dice esas cosas! Uso pasta de dientes y tónico para enjuagarme, y mi adorada hijita Zargl también. Mejor seria que os hubieseis ido. Ningún Jamyn respetable te querría en este mundo. Voy a introducir las coordenadas hiperespaciales en el banco de memoria de tu barril de almacenamiento...*

—¡Barril de almacenamiento! —grito Norby.

*Y te agradeceré que te vayas.*

—¿Tienes las coordenadas, Norby?

—Si, pero no las voy a utilizar. No, si vienen de ella. No...

—Norby, utilízalas, ¡o te descuajaringare con mis propias manos y hare tal mezcla de ti que nunca mas podrás desmezclarte!

En la puerta del castillo, apareció la dragona madre con la dragoncita en los brazos, haciendo gestos con las alas para ahuyentarlos.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Monstruo ordinario!

—¡Vamos, Norby!

—De acuerdo, lo intentare. Pero creo que el monstruo ordinario eres tú por amenazarme de esa manera, cuando hace tan solo media hora me has dicho que me querías.

—Te quiero, Norby, pero eso no tiene nada que ver. ¡Vámonos!

—Dame una oportunidad. Si empiezas a gritar y a meterme prisa, me embrollare.

¿Tengo que decirte que siempre estas embrollado?

—De acuerdo. Tengo las coordenadas y se las coordenadas de la Tierra, y me concentrare en tu hermano. Y ahora... uno... dos, espero que funcione, tres...

Volaban sobre la isla de Manhattan, y el Central Park era una mancha verde a lo lejos.

Jeff sujetaba firmemente a Norby bajo el brazo. Grito:

—Vas demasiado alto, Norby. Baja despacio.

—Me estas tapando dos ojos con la mano. Todo lo que veo son nubes y cielo azul. Vale, así es mejor. ¡Vamos abajo!

—Hay una multitud en el parque —dijo Jeff—, y rodean la casa del Recinto de Central Park. Bajemos a ver que pasa.

—¿Y si nos metemos en el radio de acción del lanzarrafagas?

—Intenta no hacerlo.

—Para ti es fácil decirlo. Tú no eres el que vuela.

—Vamos, Norby. ¡Baja!

La multitud se apiñaba como si hubiera perdido la cabeza. Rebosaba hasta los laterales de la calzada, por donde no había trafico.

Un grupo de Inganos estaba apostado en el exterior de la casa del recinto, con los lanzarrafagas listos. Su jefe gritaba:

—Dispersaos, rebeldes, dispersaos, o sembraremos el parque con vuestros cadáveres.

—¿Crees que realmente lo hará? —pregunto Norby.

—No lo se —dijo Jeff—. Si Ing se gana el jornal sobre la base de un excesivo derramamiento de sangre, le odieran, y debe saberlo, por lo que mas le vale hacerse con el poder sin causar danos. Aunque, si sus hombres empiezan a desesperar...

—Bueno, son capaces de hacerlo, Jeff, porque esta tu hermano y esa mujer policía amiga suya, y ellos tienen puestos los escudos personales.

Oyeron la voz de Fargo que gritaba:

—Adelante, ciudadanos, salvad vuestra querida isla de las ignominias de Ing. ¡Seguidme!

No le siguieron. Permanecieron indecisos. Un hombre grito:

—Para ti es fácil decir «Seguidme» porque tienes un escudo personal, pero nosotros no lo tenemos y es peligroso.

—De acuerdo, pues —grito Fargo—. Observadnos y después participad. Vamos, Albany. ¡Por sus lanzarrafagas!

El jefe de los Inganos grito:

—¡Cogedlos vivos! ¡Ing pagara una buena recompensa por esos dos!

Se dispersaron. Fargo ataco y detuvo un brazo que asía un lanzarrafagas por la punta del canon, y descargo un tremendo golpe en el plexo solar de su agresor. El Ingano cayo doblado y perdió todo interés por la lucha durante un rato.

Albany Jones rodeo a otro Ingano, indicándole con las manos que se acercara. El ataco y ella giro y se inclino hacia delante, deteniendo el ataque con la cadera, le retorció la muñeca y le lanzo sobre otro secuaz. Ambos cayeron cuan largos eran.

Norby gritaba a voz en cuello:

—Eso es. Noquéalos a todos.

—Hay demasiados —dijo Jeff—. Fargo y Albany morirán asfixiados en un momento si la multitud no les ayuda. Norby, llévame al parque. Tal vez los observadores de pájaros estén todavía por allí.

—¿De que va a servir eso?

—Quiero ver a su jefa, la Srta. Higgins. Me da la impresión de que es una mujer decidida y valiente y esa es la combinación que busco. Vamos, Norby. Si no la encontramos, tendremos que unirnos a Fargo y tampoco será suficiente.

Volaron en zigzag sobre Central Park buscando al pequeño grupo capitaneado por una mujer vestida de *tweed*.

—¿Que va a poder hacer una loca, Jeff?

—No estoy seguro, pero tengo la impresión de que puede servirnos de ayuda. Y no esta loca. Solo es entusiasta.

—¿Son esos?

—Quizá. Baja y aterriza al otro lado de esos arboles. No quiero que se lleven un susto.

Jeff y Norby caminaron cautelosamente entre los árboles.

—Es ella —dijo Jeff—. ¿Srta. Higgins? ¡Srta. Higgins!

La Srta. Higgins se detuvo y miro a su alrededor.

—¿Si? ¿Que pasa? ¿Ha visto alguien el estornino?

—Soy yo, Srta. Higgins.

La Srta. Higgins miro fijamente a Jeff por un momento.

—Ah, si, —dijo—. Es el jovencito y su hermano pequeño. Os vimos al amanecer y aquí estáis para uniros a nuestra expedición vespertina. ¡Que entusiasmo por vuestra parte!

—No exactamente, Srta. Higgins —dijo Jeff—. Se trata de Ing y sus Ingratos. Intentan apoderarse del parque.

—¿De nuestro parque? ¿Es ese el ruido que hemos oído? Espanto a los pájaros y estuvo a punto de arruinar la observación vespertina.

—Me temo que si.

—¿Hay derecho?

—Tal vez usted pueda detenerlos, Srta. Higgins. Hay una multitud de furiosos patriotas, pero necesitan un jefe.

—¿Donde están? —grito la Srta. Higgins enarbolando su paraguas—. Llevadme hasta ellos. Observadores de pájaros, esperadme aquí y tomad nota de todos los cardenales y arrendajos azules que veáis. Recordad que los cardenales son rojos y los arrendajos, azules.

—Tenemos prisa, Srta. Higgins —dijo Jeff—. ¿Le importaría darme la mano?

La Srta. Higgins se ruborizo.

—Supongo que no hay nada malo en ello. Eres muy joven.

Jeff la agarro, la atrajo hacia si, le coloco el brazo en la cintura y dijo:

—Vale, Norby, a toda potencia. Llevas a dos.

La Srta. Higgins emitió un grito ahogado.

—Pero... jovencito...

Y después se limito a hacer esfuerzos para respirar.

—Volvamos al recinto —grito Jeff—. La pelea continua.

—Es una hermosa vista —dijo la Srta. Higgins—. Así es como verdaderamente se deberían observar los pájaros. Se les puede seguir mientras vuelan.

Fargo y Albany estaban rodeados y los Inganos se cuidaban muy mucho de acercarse, pero solo era una cuestión de tiempo. Algunos Inganos hacían frente a la multitud, manteniéndola a raya con los lanzarrafagas.

—Abajo, Norby —dijo Jeff—. Y usted, Srta. Higgins, ponga a la multitud en contra de esos Inganos.

—Desde luego que si —dijo la Srta. Higgins—. ¡Barbaros!

—Ya vamos, Fargo —grito Jeff.

Aterrizaron. La Srta. Higgins se abrió paso con rapidez, y Norby rodo en dirección al Ingano que tenía mas cerca, que inmediatamente cayo sobre el. Norby

desplego uno de sus brazos, agarro su lanzarrafas y se lo paso a Jeff.

Mientras tanto, la Srta. Higgins se dirigía a la multitud, esgrimiendo su paraguas y gritando con una voz sorprendentemente alta:

—Vamos, cobardes. ¿Vais a quedaros aquí y dejar que estos malvados se apoderen de vuestro parque? El Central Park se hizo para los observadores de pájaros y las buenas gentes, y no para malvados. ¡Salvad nuestro parque si todavía os queda una gota de hombría y mujería en el cuerpo! ¿Vais a dejarme que lo haga yo sola? Yo soy una débil mujer casi de mediana edad y aquí estoy. ¿Quien me sigue? ¡Adelante, soldados de Higgins, en marcha por la justicia!

Les arengaba, paraguas en alto, y Norby grito de repente:

—¡Hurra por la Srta. Higgins!

La multitud le secundo y pronto se oyó un rugido confuso:

—¡Hurra por la Srta. Higgins! ¡Hurra por la Srta. Higgins!

La masa de gente avanza y, al instante, los Inganos se dieron la vuelta para dirigirse a la relativa seguridad del propio edificio del recinto. La multitud, salvaje por la furia, continuo avanzando.

Jeff detuvo a Norby para impedir que los siguiera:

—No, no. Ya no hacemos falta. Lo que tenemos que hacer es ir al Mando del Espacio. ¿Puedes, si te doy las coordenadas espaciales correctas?

—Por supuesto. Directamente a través del hiperespacio.

—¿Tienes suficiente energía?

—¿Que te apuestas? Me quede repleto de carga hiperespacial cuando volvimos de la tierra del dragón.

—Bien. Y debo decirte que atravesar el hiperespacio es muy agradable. No sentí nada. Era como un destello, o como un hipo por todas las tripas.

—Eso es porque llevo incorporado un escudo hiperespacial —dijo Norby—. ¿No te había dicho que el viejo Mac era un genio? Quizá a eso se deba que no necesite transmisor. Yo mismo soy un transmisor, y si me agarras fuerte, te vienes conmigo.

—¿Como sabias que iría contigo?

—Simplemente lo adivine.

—¿Que habría pasado si te hubieras equivocado?

—Hubiera sido horrible para ti, Jeff, pero ya sabes que nunca me equivoco.

—Yo no se nada de eso.

—Bueno, no tiene sentido hablar contigo cuando eres tan poco razonable. Dame las coordenadas del Mando del Espacio. Esta bien, ¡allá vamos!

## 8. La hora de la verdad

—¡Ay! —se quejo Jeff. Esta vez había aterrizado de lado; seguía sujetando a Norby y se había hecho mucho daño en el codo derecho.

—¿Donde estamos? —susurro Norby asomando los ojos entre el barril y el sombrero—. ¿Hemos llegado al sitio exacto?

—Si.

Jeff se incorporo con un gruñido.

—Me llaman Norby «el infalible».

Jeff miro a su alrededor y vio que se encontraba en medio de los oficiales de mayor graduación del Mando del Espacio, incluido el Almirante Yobo, quien tenía el aspecto del llevar un rato observando y lanzando juramentos.

A espaldas de Jeff estaba la puerta abierta de la Estación de Transito del Mando del Espacio.

—¡Funciona! —grito uno de los oficiales pasando junto a Jeff y entrando en el transmisor.

—Este chico debe haber venido por el transmisor y acaba de aparecer ahora mismo —dijo otro—. ¿Le ha visto alguien? Con esta clase de seguridad, es de esperar que el propio Ing aparezca entre nosotros.

—Yo le vi llegar —dijo Yobo con voz ronca—. Creo que podrán comprobar que, por mucho que haya llegado al Cadete Wells, el transmisor esta otra vez estropeado.

Otra vez estropeado no, todavía estropeado. El Almirante se cuidó bien de no describir exactamente lo que había visto o de insinuar que la llegada no había sido a través del transmisor. Un buen hombre, pensó Jeff. Rápido de pensamiento y a favor de los buenos cadetes.

—¿Puedo hablar con usted a solas, Almirante? —pregunto Jeff.

Yobo se daba golpecitos en la barbilla, pensativo; luego, hizo un gesto con la cabeza a los demás, un gesto improvisado que tenía la fuerza de una orden. Los oficiales salieron.

—Mi robot... —empezó Jeff.

—¿Compraste ese robot con el dinero que te di? ¿Eso es todo lo que pudiste conseguir? —dijo el Almirante.

Norby se revolvió, pero Jeff le pincho en la parte posterior del barril para que se callara.

—Es un robot magnifico —dijo Jeff—, con una serie de aptitudes muy buenas e igualmente exasperantes. Y me va a enseñar Swahili marciano en cosa de nada. Y es también un ingeniero muy capacitado que puede poner a punto un transmisor. Ing y sus Ingratos controlan Manhattan y...

—Ya sabemos todo eso, Cadete Wells. Esta dando ordenes para que nos rindamos

e insiste en que se le llame «Emperador». Personalmente creo que el transmisor no tiene ninguna avería, sino que lo controlan por el otro lado.

Yobo miro a Jeff con calma. Después pregunto:

—¿Y que dices a eso?

—¿Van a hacer algo? —pregunto Jeff.

—Lo que te aseguro es que no voy a rendirme —dijo Yobo—, pero he de tener cuidado. Ing tiene a todo Manhattan como rehén y otros lugares de la Tierra pueden caer en sus manos, a menos que...

—¿A menos que qué, señor?

—A menos que tu hermano pueda hacer algo. Ha sido mi consejero particular en todo este asunto. Sospechaba que Ing entraría primero en Manhattan y ha tomado medidas.

—¿Que medidas?

—Ya lo veremos —dijo Yobo con calma—. Mientras tanto, ¿qué es lo que quieres hacer, además de ajustar el transmisor inajustable?

—Creo que mi robot en realidad no va a poder ajustar el transmisor si Ing lo ha bloqueado. ¿Puedo consultar con Norby?, así se llama mi robot, señor.

—Adelante, Cadete.

Jeff se inclino hacia el sombrero de Norby y le pregunto en un susurro:

—¿Y ahora, que?

Norby respondió en voz tan baja que Jeff no le oyó, por lo que se inclino mas hasta tocar el sombrero con la nariz. Sintió un cosquilleo y se levanto:

—¡Huy!

Norby alargó el brazo y agarró la pierna de Jeff con fuerza.

*¡No quiero que me oiga el Almirante! Creo que podemos colar una nave pequeña (si él nos da una) e hiperlanzarnos a la Tierra.*

Jeff trago saliva.

—¿Norby? —dijo con desmayo, sintiendo el cosquilleo esta vez en la pierna.

*Creo que el dragón te hizo sensible a la telepatía cuando te toco. ¡Consígueme una nave!*

—¡Cadete Wells! —dijo Yobo—. ¿Esta usted en sus cabales?

—Normalmente si, señor. Y Norby también, normalmente. Lo que queremos es una nave pequeña, basta con que quepamos Norby y yo.

—¿Por qué?

—La idea es atravesar cualquier red de seguridad que pueda tener Ing y meternos en su Cuartel General.

Ya he estado allí y lo reconocí. Tiene todo lleno de banderas, pero yo diría que es la sala de espera principal de la antigua Gran Estación Central. Huele a museo y yo me conocía cada pulgada cuando solía visitarla de niño. Se cuales son las coordenadas de su transmisor, o por lo menos Norby se las sabe, porque memoriza las coordenadas de todos los transmisores por los que pasa...

—Cadete, tus intenciones son buenas —dijo Yobo—, pero, sin transmisor, nos llevara días llegar a la tierra y, con transmisor, no necesitarías una nave. No necesitas una nave para viajar a la Tierra. La Flota esta preparada para salir, pero Ing ha amenazado con volar Manhattan en cuanto mueva una nave.

—Eso es un farol.

—¿Estas seguro? ¿Pondrías en peligro la reliquia mas famosa de los antiguos tiempos de la Tierra, su centro de población mas celebre, basándote en tu seguridad?

—Si se moviera la Flota, se darían cuenta, pero una nave... una navecita...

—¡Tonterías! También se darían cuenta. Deberías conocer la eficiencia de la detección espacial, Cadete. Has estado en la Academia el tiempo suficiente como para saber eso.

—Por favor, Almirante —dijo Jeff—. Confié en mi. Mi robot es muy bueno en maquinaria y tal vez pueda acelerar una de sus naves pequeñas de forma que no la capten los rayos espía y llegue directamente a la sala de espera de la Gran Estación Central.

—Me pides algo imposible —dijo Yobo—, a menos que... —Miro fijamente a Norby y después añadió—: A menos que este... humn... barril que abrazas con tanta fuerza sea como una especie de brujo. ¿Que te parece mi nave-crucero privada? ¿Sera suficientemente pequeña?

—¿Como es?

—Lo bastante pequeña como para que quepa yo solo, aunque tú y tu robot-barril podéis apretaros, si no os importa dormir en el suelo.

—¿Por qué tendríamos que dormir en el suelo, señor?

—Porque no os vais a llevar mi nave-crucero sin mi y yo duermo en la única cama que hay. Es un privilegio de rango, Cadete.

—¿Llevarle a usted, señor?

Jeff se inclino hacia el sombrero de Norby y susurro:

—¿Puedes trasladar al Almirante con la nave y nosotros?

Norby chillo:

—¡No! ¡Mira que tamaño tiene!

Yobo lo oyó y sonrió:

—No soy lo que se dice canijo, pero no me voy a quedar sentado sin hacer nada. Ya he tenido bastante con todo este asunto. Si puedes meter una nave en la Gran Estación Central, Cadete, yo quiero estar en ella. Si me pasa algo, hay varios hombres capaces, según creen ellos, aunque los demás no sean de la misma opinión, y cualquiera de ellos puede sucederme de inmediato.

Jeff dijo de repente:

—Norby, puedes hacerlo. No quiero negativas. Almirante, puede venir, pero déjeme el mando por ahora.

—Cadete Wells —dijo Yobo con una fría sonrisa—, te pareces a tu hermano mas de lo que imaginaba. Pero antes de ponernos en marcha, vas a decirme exactamente

como piensas trasladar la nave hasta la Tierra. Un movimiento cualquiera y estaremos perdidos... y lo sabes.

Jeff pensó un instante:

—Almirante —dijo— ¿me da su palabra de que lo que voy a decirle quedara en el mas absoluto secreto?

—Eso esta fuera de lugar —dijo Yobo—. Cualquier información que tengas y sea importante para la seguridad del Sistema debe expresarse de inmediato y sin limitaciones. ¿Que has querido decir con «el mas absoluto secreto»?

Jeff dijo tristemente:

—Bien, señor, Norby puede trasladarnos por el hiperespacio sin transmisor.

—¿De veras? Sospechaba que tenias algo así en mente, puesto que lo que tú planeabas no podía llevarse a cabo por ningún otro medio. ¿Y como va a conseguir Norby ese imposible?

—No lo sé. Y el tampoco.

—Una vez que haya acabado todo esto, ¿no deberíamos desmontarlo para poder averiguar el secreto del viaje hiperespacial?

Norby chillo:

—Jeff, no te juntes con este monstruo descomunal. Es peor que aquel dragón.

—¿Que dragón? —pregunto Yobo.

—Era solo un monstruo mítico, señor. Ese es el motivo por el que quiero que la información se mantenga en secreto. Si se llega a descubrir, todos los científicos querrán desmontarlo y tampoco podrán sacar nada en limpio; después, no podríamos volverlo a montar y, total, ¿para que?

—Mataríamos a la gallina de los huevos de oro —musito Norby enfurruñado—. Díselo, Jeff. Mas vale pájaro en mano.

Jeff dio un codazo a Norby para que se callara.

—Así es, Almirante. Norby representaría una importante arma secreta para la Federación. Tiene toda clase de poderes que puede manejar con una soltura total... o casi.

—Muy bien, pero entonces, ¿por que no cogemos un escuadrón de hombres armados y un crucero de batalla?

—Bueno, Almirante, Por el momento, los poderes de Norby son algo limitados.

El Almirante rio.

—¿Quieres decir que es un robot pequeño y solo puede manejar cosas pequeñas?

—¡Usted si que no es una cosa pequeña, usted, humano, superdesarrollado, usted!  
—grito Norby.

El Almirante volvió a reír:

—No creo que lo sea. Pero vamos, tú, barril infradesarrollado, tú. Ya esta listo mi crucero particular.

Una hora mas tarde estaban en el crucero y Norby se había conectado al motor de la nave.



—No prometo que pueda hacer este trabajo —gruñó—. Llevar toda una nave a través del hiperespacio no es moco de pavo.

—Puedes hacerlo, Norby —dijo Jeff.

—¿Yo? ¿Un barril infradesarrollado?

—Si, tú. Un robot antiguo, inteligente, valiente y poderoso —dijo Jeff—. Y si no lo haces, te sacare las tripas y rellenare tu barril con mantequilla de cacahuete... con mantequilla de cacahuete rancia, de forma que el dragón madre ya no volverá a sentir olor a clavos.

El salto a través del hiperespacio no fue lo que se dice perfecto.

—No estamos dentro de la Gran Central —dijo Jeff.

—Bueno, ahí esta, allí enfrente —dijo Norby indignado—. Se me puede admitir un pequeño error. Pregunten a cualquier ingeniero.

—Esto lo rematará —dijo el Almirante—. Solo necesitamos un mínimo de corrección espacial normal.

Dos segundos después, el crucero particular del Almirante, sobre un rayo antigrav, sobrevolaba el trono de Ing. La nave se vio envuelta en banderas y tras ellos quedo una ventana rota.

—Magnifico, Almirante —dijo Jeff—, magnifico.

Norby gruñó:

—Era mi salto hiperespacial y es mi rayo antigrav. Yo soy el magnifico, solo que no se durante cuanto tiempo voy a poder mantener esta nave en el aire. Siento como si se me encogieran las tripas.

Deja algún honor para el Almirante, Norby, le dijo Jeff por telepatía. El rango implica privilegios.

—¡Ahora, escuchad esto!

La voz ronca del Almirante retumbo arrolladora por la inmensidad de la sala. El propio Ing, con la mascara todavía puesta, de pie, junto a su trono, miraba la nave. No dijo ni palabra. Sus soldados parecían estar en trance, aturdidos por la aparición de la nave.

—Os tenemos a todos encañonados —dijo el Almirante Yobo pulsando un botón, de forma que por lo menos un arma saliera del casco y apuntara directamente a Ing—. Tirad las armas y rendíos. Ya no habrá Imperio Solar ni Emperador.

La nave se poso lentamente sobre el trono, haciéndolo añicos. Jeff exhalo un suspiro de alivio.

Ing corrió hacia el transmisor.

—¡Detenedle! —grito Jeff.

—No queremos que muera —dijo el Almirante—, o harán de el un mártir heroico. Ahora, veamos, podría destruir el transmisor, pero eso...

—Déjame salir, Jeff —dijo Norby—. Yo me encargo de él.

El Almirante, tomando una decisión instantánea, pulso otro botón y se abrió un panel.

—¡Atrápale, pequeño robot! —grito.

Norby se lanzó con intención de detener a Ing. Las puertas del transmisor se estaban abriendo. Estaba a punto de entrar cuando de este salieron Fargo, Albany y un grupo de Policías de Manhattan armados.

—Saludos, Emperador —dijo Fargo con aplomo—. Estábamos a punto de destronarle, pero ya veo que Norby está aquí, por lo que supongo que mi hermano menor debe haber llegado con la misma idea. No puedes derrotar a los hermanos Wells.

—Fargo —retumbo la voz inconfundible del Almirante Yobo—, ¿que ha sucedido? ¡Informe!

—¿Almirante? ¿También está usted aquí? Bueno, fue muy sencillo. Estábamos prisioneros, pero Albany y yo escapamos, gracias a Norby, y después todo se desarrolló tal y como lo había previsto. La población de Manhattan se había amotinado. Puede que la rebelión no fuera demasiado importante, pero la gente de esa isla es muy patriótica. Yo ataque y tome el recinto de Central Park, con ayuda de las artes marciales de esta preciosa mujer policía, Albany Jones. Espero que, de resultados de esto, la asciendan.

—También nos ayudó una mujer que decía ser observadora de pájaros —dijo Albany—. La mujer, una tal Srta. Higgins, decía que no le importaba lo que le sucediera al resto del Universo, pero que Central Park pertenecía al pueblo. Dirigió a la multitud contra los Ingominiosos de Ing y ella sola dejó incapacitados por lo menos a siete Ingratos, antes de perder la cuenta.

—Liberamos y entregamos las armas a un grupo de policías y después procedimos a tomar otras zonas —continuo Fargo—. En este momento, aquellas zonas de Manhattan que no controlamos todavía, pronto estarán dominadas. Y en lo que a ti respecta, Ing «el Inglorioso», sospecho que en breve tendrás un fuerte dolor de cabeza.

El silencio de Ing reflejaba su aturdimiento e impotencia, mientras que sus hombres levantaban los brazos en señal de rendición. Norby, que había estado dando vueltas a su alrededor, se tiro ahora contra su cabeza que, al recibir el golpe, produjo un metálico «clang». Ing se desplomó y, en el momento en que Norby se sentó sobre él, la máscara cayó al suelo.

La voz del Almirante sonó indignada:

—¡Debía haberlo imaginado! —bramo—. Ing «el Intrigante» es el remilgado Dos Gidlow. ¡Ya sospechaba yo que tenía que ser alguien de Seguridad! ¿Qué otro podría dar un golpe con tanta precisión?

—Gidlow sabía que usted sospechaba algo —dijo Fargo—. Creo que intento venderle la idea de que el traidor podía ser yo para apartarle de la pista.

—Casi lo logro —admitió Yobo—. Mis disculpas, Sr. Wells. Le compensare por ello. Su contribución y la del Cadete Jefferson Wells jamás serán olvidadas.

—¿Y que pasa con Norby? —Chirrió Norby que aporreaba con los pies el pecho

de Gidlow-Ing.

—Tampoco olvidaremos al Cadete Norby.

—¿Seré cadete? —grito Norby encantado.

—Honorario —dijo el Almirante.

—¡Sáquenme a este demonio de encima! —grito Gidlow-Ing—. No me pueden matar así. Exijo un juicio justo.

—Vas a recibir un juicio justo ahora mismo —dijo Norby.

Sirviéndose de su antigrav para elevarse en el aire, Norby atenazo el cuello de Ing con sus piernas y arrastro al supuesto emperador. Norby se balanceaba de un lado a otro, obligando a Ing a bailar el vals sobre sus delgadas piernas, enfundadas en plata.

La sala de espera estallo en carcajadas, jolgorio en el que participaron incluso los antiguos secuaces de Ing. El fotógrafo de la Policía puso en marcha su cámara holográfica, filmando toda la escena en imágenes tridimensionales.

—Se acabó la revolución de Ing —dijo el Almirante—. Los hombres de las Fuerzas Policiales de Manhattan han tenido una gran actuación.

—Si me permite la observación —dijo Albany, dulce pero firmemente—, la mitad de las Fuerzas Policiales de Manhattan esta compuesta por mujeres.

—Es cierto, querida —dijo el Almirante, y se inclino hacia ella con galante admiración—. Y también lo son la mitad de los soldados de mi Mando del Espacio. Simplemente estaba utilizando una forma de hablar anticuada, lo que me recuerda que su uniforme esta roto de una manera muy estratégica y debo felicitarla por su tipo.

—Almirante —dijo Fargo—, eso no es nada comparado con lo que pueden hacer los disolventes textiles, pero soy yo quien tiene la exclusiva de ese tipo de cumplidos.

—Entonces, le felicito a usted, Sr. Wells —dijo el Almirante—, por su buen gusto... tanto en lo referente a polis como a hermanos.

## 9. Punto de partida

Cuando se calmo la revuelta, se sirvió una cena para celebrar la victoria en los aposentos particulares del Almirante, en la gran noria del Mando del Espacio.

Al Almirante le concedieron una nueva condecoración para lucir en su pecho. Fargo recibió una cierta cantidad en metálico como recompensa, lo que le salvo de la bancarrota. Albany, sentada a su lado, muy cerca, fue ascendida a Teniente de Policía Jones. Y Jeff había conseguido una beca, además de una mención honorífica, de forma que pudiera continuar sus estudios como Cadete del Espacio.

Norby estaba sentado junto a Jeff, con un gran portafolio bajo el brazo dentro del cual había un pseudopergamino oficial que proclamaba: «A todos sin excepción se hace saber» que Norby Wells quedaba elevado al rango de Cadete Honorario del Mando del Espacio «con todos los honores y privilegios que comporta este nombramiento». Norby aun no había descubierto cuales eran esos honores y privilegios, pero no dejaba de preguntar.

Jeff observo con satisfacción, porque todavía estaba en periodo de crecimiento, que la comida de la mesa del Almirante era considerablemente mejor que la que se servía en el comedor de cadetes. Norby tenía un alargador conectado al enchufe mas cercano y se estaba atiborrando hasta la saciedad aunque, como observo mas tarde, el sabor de la electricidad del Almirante no era mejor que cualquier otro.

—Supongo que ya funciona el ordenador de la cocina, ¿eh, Almirante? —dijo Jeff.

—Perfectamente —respondió el Almirante con satisfacción.

—Puede agradecersele a Norby —dijo Jeff—. Sabe mucho de ordenadores.

—Cuando los ajusto —dijo Norby—, funcionan como poesía en movimiento.

—Bien —dijo el Almirante—. Pero, Fargo, ¿cual fue la observación que le hizo a su hermano el día que estropeo el ordenador, eso de LCHC?

—Significa La Caza Ha Comenzado. Era mi forma de decirle que los dos juntos íbamos a tratar de encontrar a Ing. No sabia que usted estaba con el en ese momento. Una cosa, Almirante...

—¿Si?

—Encerrar a Ing en una prisión asteroide no me parece suficiente. La seguridad es deficiente en los asteroides y puede escapar.

—¿Y que si lo hace? —dijo el Almirante con indiferencia—. Todo el mundo se burla de él. La rapidez con que se vino abajo su rebelión y las imágenes holográficas de su danza final con Norby encima, le han convertido en el hazmerreir de todos. La película se ha pasado por todo el Sistema Solar. Ya no podría hacer nada, aunque le soltáramos.

—No estoy demasiado seguro —dijo Jeff sombrío.

Un oficial joven irrumpió en la sala, con cara de preocupación:

—¡Almirante!

—¿Si, Alférez?

—El ordenador principal del Mando del Espacio acaba de empezar a recitar poesías. Todos los mensajes salen en verso, incluyendo las recetas de su ordenador de cocina privado, que ahora esta demasiado obnubilado como para que los robots cocineros trabajen adecuadamente.

El Almirante se levanto de la silla y apartando con calma la servilleta, pregunto:

—¿Mi ordenador de cocina?

—Si, señor. Los platos restantes de esta comida se servirán con retraso.

El Almirante rugió:

—¡Norby!

No hubo respuesta.

—¡Norby! —grito Jeff, dándole un cachete.

Norby dijo con una vocecita gangosa:

—Les dije a los ordenadores que trabajaran como poesía en movimiento. Tal vez se lo han tomado al pie de la letra. Los ordenadores son muy estúpidos.

El Almirante rugió:

—Ordeno que a este barril...

—*Cadete* barril —dijo Norby en un susurro.

—... le pongan grilletes.

—Por favor, Almirante —dijo Jeff—, lo ajustara en un santiamén.

—Le doy quince minutos.

—Norby, quítate el cable y manos a la obra.

—Vale, vale, pero es culpa de los ordenadores.

—Y de un robot muy raro —dijo Jeff. Miro desafiante al resto de los comensales—. Pero es mi robot mestizo y nadie mas puede tocarlo. Ni siquiera usted, Almirante.

**FIN**



JANET ASIMOV (nombre de soltera, Janet Opal Jeppson) (Ashland, Pensilvania 1926), es una escritora estadounidense de ciencia ficción y psicoanalista. Janet Asimov comenzó escribiendo libros de ciencia ficción para niños bajo el seudónimo J O Jeppson en los años 1970. Estuvo casada con Isaac Asimov de 1973 hasta la muerte de éste en 1992, y colaboraron en varios libros de ciencia ficción enfocados a lectores jóvenes, incluyendo la serie “Norby”. También se hizo cargo de algunas columnas que Asimov publicaba en algunos periódicos. Humanista, liberal y activista por los derechos de los animales.

Janet Asimov se graduó en Artes en la Universidad de Stanford, habiendo comenzado sus estudios universitarios en Wellesley College, y se graduó como Doctora en Medicina en la Escuela Médica de la Universidad de Nueva York.

Trabaja como psicoanalista desde el año 1986 y se convirtió en una escritora publicada en el año 1996 con un cuento de misterio publicado en The Saint Mystery Magazine. De acuerdo al propio Isaac Asimov, los libros en los que escribieron juntos son 90% de Janet, pero aparecían con el nombre de él por pedido del editor.

ISAAC ASIMOV (Petróvichi, República Socialista Federativa Soviética de Rusia, 2 de enero de 1920 – Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de 1992), fue un escritor y bioquímico ruso, nacionalizado estadounidense, conocido por ser un exitoso y excepcionalmente prolífico autor de obras de ciencia ficción, historia y divulgación científica. La obra más famosa de Asimov es la Saga de la Fundación, también

conocida como Trilogía o Ciclo de Trántor, que forma parte de la serie del Imperio Galáctico y que más tarde combinó con su otra gran serie sobre los robots. También escribió obras de misterio y fantasía, así como una gran cantidad de textos de no ficción. En total, firmó más de 500 volúmenes y unas 9000 cartas o postales. Sus trabajos han sido publicados en 9 de las 10 categorías del Sistema Dewey de clasificación. Asimov, junto con Robert A. Heinlein y Arthur C. Clarke, fue considerado en vida como uno de los «tres grandes» escritores de ciencia ficción.

# Notas



[1] Juego de palabras intraducible: «Sligh» (nombre del maleante) y «sly» = astuto (Nota del traductor). <<